

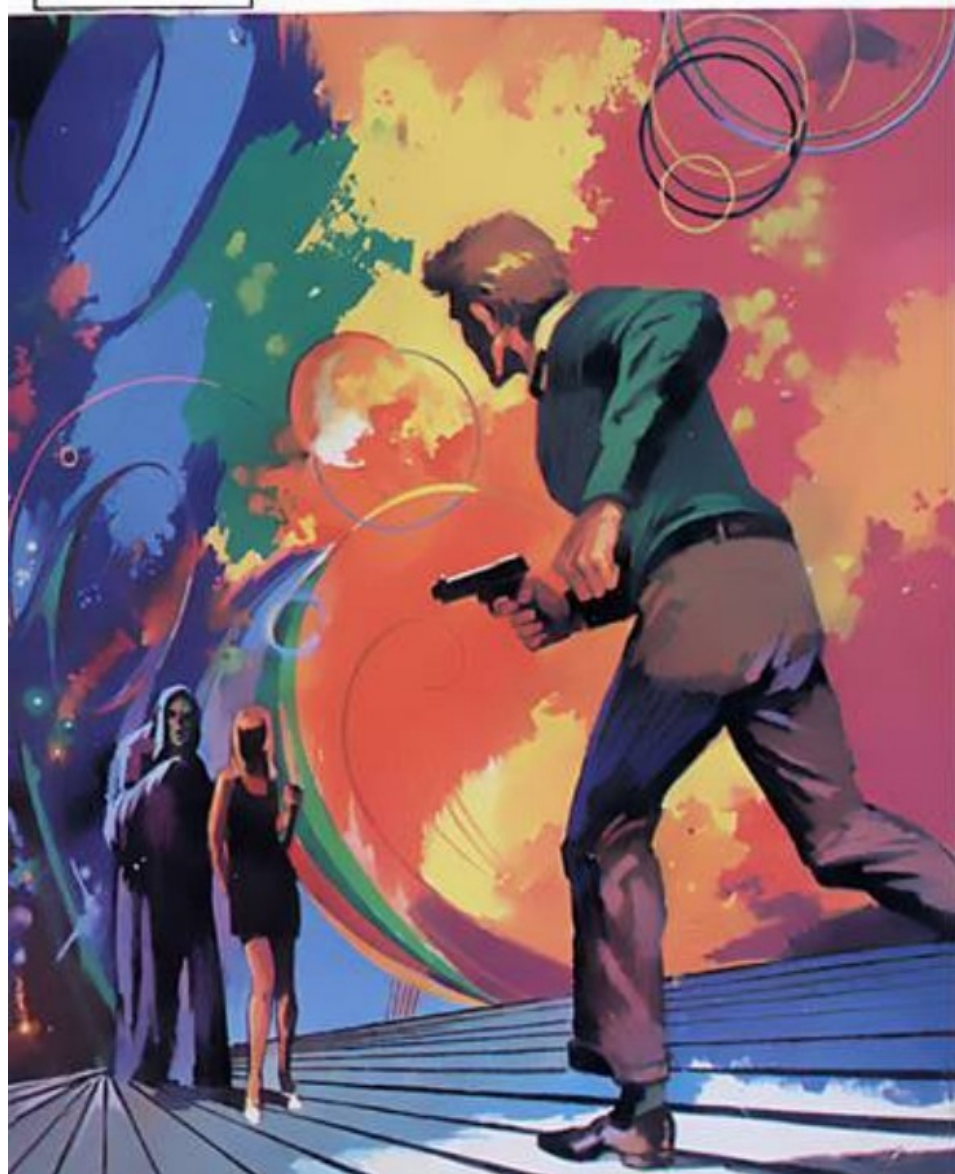
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
SERVICIO SECRETO

"PSICODELICO"

curtis garland



PSICODELICO

SS Nº 1085

Autor: Curtis Garland

UUID: aca6da7b-9951-4838-bd98-cb2912156a18

Generado con: QualityEbook v0.78

PROLOGO

EL término «psicodélico» —cuyo significado exacto es «manifestación de la mente humana»— lo propuso en principio Humphrey Osmond. Por derivación, se ha utilizado ya universalmente para definir o aludir a los llamados vulgarmente «alucinógenos» o «psicotomiméticos» (imitador de cualquier psicosis), quizá por ser más exacto, bastante menos peyorativo. Ciertamente, aún resulta vago el término «psicodélico» para muchos criterios, pero, sin embargo, posee la ventaja de resultar más comprensiva.

Téngase en cuenta que, por un error de principio, mucha gente ha establecido una semejanza o relación entre las drogas llamadas «psicodélicas» y las comunes conocidas anteriormente. Eso no es exacto en absoluto, pero llevaría mucho espacio desgranar aquí sus diferencias, no ya de naturaleza, composición o especie, sino de consecuencias.

Podemos partir, a grandes rasgos, de una base que nos servirá para divulgación general, sin entrar en honduras, de la naturaleza especialísima de las drogas «psicodélicas» como tales: las dosis a ingerir de cualquier alucinógeno de ese tipo, especialmente el LSD —el LSD-25, más concretamente—, son increíblemente pequeñas, y crean ese «escapismo» a la realidad, ese mundo irreal y fantástico que el sujeto busca con el efecto de la droga. Pero en manos poco responsables, las consecuencias del LSD o cualquier otro producto «psicodélico» serían para la mente humana realmente desastrosas.

Lo peor de todo es que vivimos una época de febril ansia de escapismo, de evasión de un sinfín de angustiosas realidades, y en el

mundo se ha creado un amplio movimiento psicodélico que, como su nombre señala ya, únicamente busca manifestaciones de la mente humana distintas y mejores, idealizadas por nuestros propios afanes subconscientes.

¿Es ello beneficioso para el mundo? ¿Traerá consecuencias demoledoras? ¿Esas manifestaciones de la mente humana, «liberada» de lazos realistas por la droga «psicodélica», pueden llegar a ser el peor enemigo de la propia mente?

Todo es posible. Sinceramente, no tenemos una respuesta. Y aquí, ni siquiera la buscamos. Pero si una obra de intriga es, ante todo, un género de evasión, vamos a afrontar decididamente esa otra «evasión mental», como un *lei-motiv* para nuestra intención. Evasión, dentro de evasión. Es sólo un entretenimiento, por supuesto. El eterno *puzzle* policíaco.

Pero puestos a verle peligros al LSD, en su influencia sobre la mente humana, a la que pretende servir liberando sus más recónditos deseos no cumplidos jamás..., ¿por qué no relacionarla con el peligro de las propias pasiones humanas? ¿Por qué no con el odio, el deseo, la crueldad, la ambición...? ¿Por qué no con... el crimen? ¿Por qué no?

Capítulo Primero

ASESINATO

ERA yo.

Yo mismo. De eso no había la menor duda.

No sé cómo pudo suceder, pero era yo. Y ni siquiera estaba muerto.

Durante mi vida, me habían ocurrido muchas cosas así. No era la primera vez que me libraba de morir en una forma increíble, puramente milagrosa.

Pero ahora me sorprendía más que nunca haber tenido nuevamente esa suerte insólita. Quizá por la forma en que había sucedido todo.

Quizá porque esta vez sí que estaba seguro de enfrentarme a la propia muerte y no tener escapatoria posible a su descarnada sonrisa. Pero contra lo que pude fugazmente imaginar, el hombre no había logrado matarme. El asesinato no se había consumado pese a todo.

Aquel hombre que permanecía aún en pie, que se palpaba el cuerpo, asombrado e incrédulo, buscando huellas de sangre, de heridas, de violencia sobre la piel, era yo. Yo mismo.

Yo, Keith Darrell.

Yo, que poco antes había sentido en mi carne los impactos de las balas disparadas por el hombre de impermeable rojo. Sí, es extraño, insólito, ver a un hombre con impermeable rojo. Aquél, sin embargo, lo llevaba.

Era un rojo extraño. Rojo denso, rojo oscuro, rojo de sangre, que según le daba la luz de los cegadores parpadeos de un fluorescente lívido, escarlata vivaz, era de un rojo deslumbrador y radiante.

Un impermeable rojo, con cinturón anudado. Un sombrero de igual color encima del rostro impersonal, de gafas negras. Una pistola negra-azul en la mano enguantada. Una pistola que llameaba, que disparaba, que vomitaba balas.

Balas contra mí. Balas contra mi cuerpo. Balas para matarme...

Las había sentido. Todas tocaron mi cuerpo, agujerearon mi piel, entraron en mi ser, como mordiscos dolorosos, como punzadas calientes y corrosivas. Me sentí morir, y algo, tan rojo como el impermeable del asesino, brotó de mi cuerpo. Sólo que no era un tejido, sino algo vivo, palpitante, denso, en movimiento.

Algo líquido, siniestro y terrible.

Sangre.

Mi sangre.

La sangre de Keith Darrell, víctima de un asesinato.

Después de todo, era un final previsible. No he sido nunca un hombre de paz, ni un ser que buscara la calma, el sosiego, la vida apacible. No, nada de eso. He sido siempre lo que era justamente al morir: un hombre de acción, un hombre que vivía del peligro y que, tal vez inconscientemente, disfrutaba con él.

Eso fui siempre. Eso era ahora. Eso iba a dejar de ser cuando muriese. Keith Darrell, de profesión aventurero, de oficio amigo del peligro, estaba diciendo adiós al mundo, porque un hombre de impermeable rojo, fantástico e increíble, había hecho blanco en mi cuerpo con las balas de su arma.

Me sentí morir. Supe que estaba muriendo.

El me miró sonriente, por debajo de los espejeantes juegos de luz de los cristales negros, tersos, fulgurantes, de sus gafas herméticas, que no me permitían ver sus ojos ni adivinar su personalidad real. Quizá ni siquiera la tenía. Era la muerte. Una forma de muerte, como podía tener cualquier otra. Todo tiene forma. Todo puede tener una forma determinada, sea lo que sea.

Incluso la propia muerte, ¿por qué no?

Si era así, él era la Muerte. Era el Crimen. Era el Fin. El Fin de los DEMÁS, así, con mayúsculas. Como se ponen todas las cosas importantes del mundo. Yo soy importante. Yo era importante. Lo soy para mí. Todos somos importantes para nosotros mismos, ésa es la gran verdad. El resto es mentira. Como dijo Hamlet, «el resto es silencio». Puede que sea verdad. Para mí, el resto es mentira.

¿A quién le importa nadie? El hombre famoso cree que es importante. El político, también. El prohombre supone realmente que tiene importancia para alguien que no sea él mismo. Está equivocado, por supuesto. Es estúpido imaginar que somos importantes para alguien que no sea uno mismo.

La gente olvida pronto. La gente se fija en alguien y cree admirarlo. Es porque necesita crearse un mito, el que sea. Luego, de repente, comprende que puede vivir tan feliz sin ese mito. Y lo aparta de sí, olvidándolo. Entonces, el ser que parecía importante en su vida deja de serlo. O más bien no deja de serlo. No, porque nunca lo fue.

Pero uno... Uno sí es importante. Creo que Napoleón fue importante para el mundo, pero sin duda fue más importante para otro hombre llamado Napoleón Bonaparte. Keith Darrell es importante para Keith Darrell, como Hitler fue importante para Hitler mismo. Nadie lo es para nadie que no sea su propio ego. Por eso, los que creen importar algo son egoístas ante todo. Pueden influir en la historia, pero eso demuestra sólo que fueron importantes en la marcha de los acontecimientos. Para la gente que realmente piensa, nada ni nadie tiene esa importancia que cree tener.

Yo, Keith Darrell, era importante para mí. Porque me llamo Keith Darrell, nada más que por eso. Si me llamase Peter Smith, creo que Peter Smith sería el personaje más importante para mí. Pero me llamo Keith Darrell, de ahí la diferencia.

Y Keith Darrell se estaba muriendo. Se desangraba delante de un luminoso parpadeante de club nocturno y de un hombre de impermeable rojo y de aire inverosímil. Creo que eso formó siempre parte de mi vida, de modo que era natural que, llegado el caso, formase parte de mi muerte también.

Mi vida estaba llena de clubs nocturnos, de hombres con

impermeable, de armas de fuego, de muerte y de sangre...

Todo eso entraba en el cuadro final. Pero como si lo hubiera pintado Picasso, o lo hubiera relatado un enfermo mental.

Me dolían las heridas y traté de cerrar los ojos. Preferí abrirlos. Ocurrían cosas extrañas al cerrar los ojos. Muy extrañas. Todo me daba vueltas. Se convertía en un gigantesco e increíble caleidoscopio de mil colores, de mil cambiantes deslumbradoras, de una enorme, gigantesca, interminable espiral, girando y girando, trazando ante mi mirada difusa, de moribundo, un mundo fabuloso de cromatismos jamás presentidos. Los colores todos eran diferentes. Más luminosos, más vivos, más radiantes.

Quando abría los ojos, la gran espiral dejaba de girar, los colores se diluían, pero el cielo tras el night-club y el hombre de impermeable rojo seguía siendo extraño, entre luminoso y frío. Como si estuviera nublado, y a la vez lleno de sol o de luna, como si fuese a nevar, aunque hacía mucho calor, y yo sudaba, con un sudor helado, de muerte y de desesperanza.

Bajo mi cuerpo convulso, el suelo temblaba, ondulaba como si estuviera vivo. Creo que era el movimiento de mis propios temblores, no del asfalto, que parecía ahora azul, como una superficie imposible de puro cobalto. Igual que los blandos relojes de un cuadro daliniano, aquel pavimento temblaba, se deformaba, era maleable y fofa bajo mi peso. Lo toqué. Estaba blando, mojado...

Retiré la mano. Miré los dedos crispados. Mojados...

No, no se mojaban de asfalto azul como el cobalto, sino de algo rojo como la sangre. Se parecía demasiado a la sangre, y tenía una explicación. Era sangre. Creo que nada se puede parecer más a la sangre que la propia sangre. De igual modo se hubiera parecido al cobalto, si hubiera sido cobalto.

Pero no era cobalto; era sangre. Sangre...

Goteó de mis dedos. Chorreaba blanda, apagadamente. Como supongo que siempre chorreaba la sangre. Caía en el suelo blando, y se volvía blanda y viscosa, corriendo hacia alguna parte...

—Keith Darrell, estás muerto —dijo él de repente.

Le miré. Me miraba desde la invisible e insondable profundidad de sus ojos situados tras el muro de las gafas oscuras.

—Sí —gemí—. Creo que sí... Estoy muerto. Me has matado. Tú

me has matado...

—Claro. Yo te he matado —rio como un loco, burlándose de mí —. Yo tenía que matarte. ¿No te gusta morir?

—No, no me gusta.

—¿No te gusta la muerte?

—No, no me gusta.

—Te gustaba matar, ¿recuerdas?

—Tampoco me gustaba matar. Pero a veces hay que hacer cosas que no le gustan a uno.

—¿Por qué, Keith Darrell? A mí me gusta matar. Y te he matado... —avanzó hacia mí, pisando con firmeza aquel suelo blando.

—Es diferente. Tú eres un asesino... —gemí.

—¿Tú no?

—No. Yo, no.

—¿Qué eres, entonces?

—Un hombre que trabajó duro. Que luchó duro.

—Elegiste la violencia.

—Siempre hay que elegir algo. La violencia se paga bien. Siempre hay quien pague por hacer algo violento. Lo hice, eso fue todo.

—Mataste.

—Sólo cuando no hubo otro remedio.

—Mataste, Keith Darrell.

—Iban a matarme a mí. Y maté, sí. Tenía que hacerlo. O morir.

—¿No te gusta morir?

—No. A nadie le gusta morir.

—Pero te estás muriendo ahora.

—Sí, ahora, sí.

—¿No te gusta?

—No, no me gusta. No quiero morir.

—Tienes que morir. Ya no hay remedio.

—No, no hay remedio. —Miré mi sangre, mis orificios en el cuerpo—. No hay remedio. Tú lo hiciste. ¿Por qué?

—Tú lo has dicho antes. Hay quien paga la violencia.

—¿Quién? —grité.

—Alguien... —se encogió de hombros. Enseñó sus dientes en una sonrisa. Parecían rojos. Pero era sólo el reflejo de la luz del

night-club en su dentadura—. ¿Qué más te da a ti?

—¿Quién? —insistí.

—Estorbabas, Keith Darrell. Estorbabas a alguien. Había que matarte. Otro lo hubiera hecho. No me guardes rencor —y parecía ya casi humano, casi amistoso—. No tengo nada contra ti.

—Pero me has matado. Disparaste sobre mí.

—Ya te digo que otro lo hubiera hecho. Siempre hay alguien para hacer las cosas sucias del mundo. Lo hubo toda la vida. Desde que el tiempo es tiempo. Desde que el mundo es mundo. Alguien tiene que hacer lo que otros no quieren hacer. Alguien paga por eso. ¿No sabes tú de esas cosas?

—No, no sé. No hice nada sucio nunca.

—Te pagaron. Te pagan aún.

—Pero no hice nada sucio. Solamente violento.

—¿No es igual?

—No, no es igual. Hay cosas violentas que no son sucias. Hay cosas sucias que no necesitan ser violentas. Claro que también hay cosas sucias y violentas. Como matar, como asesinar. Lo que tú has hecho...

—Eso poco importa —suspiró. Me miró, compasivo, y guardó despacio su arma—. Ya nada importa demasiado. No para ti, Keith Darrell.

—No, no para mí. Ya nada importa —suspiré.

Le vi alejarse despacio por la calle de color azul cobalto. Yo me quedé en el charco rojo violento que formaba mi sangre alrededor. El luminoso del club nocturno seguía siendo como un guiño ridículo y burlón, como una mueca sardónica de todo y de nada.

Cerré los ojos. Me dolían los agujeros de bala. Pero era un dolor curioso, dulzón y balsámico. Era un dolor que no dolía. No tiene sentido dicho así, pero era así. No se podría expresar de otro modo.

Volvieron las espirales de luz, de color, de cambiantes de caleidoscopio increíble. Y el suelo ondulaba como si estuviera hecho de gelatina, de pasta blanda, movable y maleable.

Pero ya todo era igual. Yo me estaba muriendo. Estaba muerto. ¿Qué importaba lo demás?

Abrí los ojos para mirar el mundo por última vez.

Me sorprendí.

Era extraño.

No vi el parpadeo del luminoso. Se habían apagado las luces del club nocturno, y la gente salía de aquel local, caminando tranquilamente, charlando entre sí, hablando del partido de fútbol de la semana siguiente, de las carreras de caballos y de la última película de Brigitte Bardot.

Luego vi las piernas.

No eran las de Brigitte Bardot, ciertamente. Ni tenían nada que envidiarlas. Eran aún más bonitas, si he de ser sincero. He visto a la francesita en muchos filmes escandalosos. Tiene las piernas demasiado delgadas y demasiado torcidas. O a mí me lo parece. Estas piernas no eran gruesas. Ni mucho menos. Tampoco delgadas. Eran preciosas. Eran perfectas.

Estaban delante de mí. Miré más y más. Arriba. Muy arriba. Eran largas, bien torneadas. Llevaba minifalda. Con esas piernas, todas las mujeres deberían llevar minifalda. Lo contrario es un crimen, un delito grave.

Encontré su busto. Muy saliente. Sobre todo, visto desde allá abajo. Y recortándose contra el cielo, bajo el punto de aquel *pullover* tan ceñido.

—Hola —le dije.

Y supe que no estaba muerto aún. Entre otras cosas, porque los muertos ni siquiera dicen «hola».

—Hola —respondió ella—. ¿Está borracho?

—No. Me muero.

—Está borracho —suspiró.

—Le aseguro que me muero. Mire mi sangre. Vea qué charco forma en el suelo... ¿Es que no lo ve?

—Está borracho —dijo, como si no la hubiera oído las dos veces anteriores—. Yo sólo veo licor.

Me quedé asombrado. Miré al suelo, bajo mi cuerpo. Maldita sea. Maldita fuese la chica rubia y de bonitas piernas, de corta minifalda. Tenía razón.

Era licor. Alcohol apestoso. Olía a whisky malo. Tenía color ámbar sobre asfalto gris y sucio. Ni azul cobalto, ni rojo sangre. Nada de nada. Sólo el suelo con el color del asfalto al amanecer. Y licor enfangado. Olor a whisky. Olor a alcohol.

—No lo entiendo —dije—. Mire mis agujeros. Las balas. ¿No lo ve?

—Por Dios, no diga tonterías. Está sucio de barro. Está bebido. Eso es todo.

—Eso es todo... —repetí. No lo creía, claro. Pero ella lo había dicho. Y, maldita fuese otra vez. Tenía razón. Además de tener unas piernas preciosas, tenía razón.

Me incorporé. Toqué mi cuerpo. Una, dos, diez, quizá cien veces, si es que uno puede tocarse cien veces en unos momentos. Y no había heridas, no había agujeros, no había nada de sangre. Nada de nada.

Miré a la chica. Parecía divertida. Y parecía burlarse de mí. Tenía todos los motivos para eso. La gente del club nocturno seguía caminando, alejándose hacia casa. Amanecía y el amanecer era frío. Yo empezaba a sentir frío.

Abotoné mi americana y subí el cuello. Sacudí la cabeza.

—No sé cómo pasó —dije—. ¿No vieron al hombre de impermeable rojo?

—Claro que no —rio ella—. Ni tampoco al elefantito rosa. ¿Dónde los dejó?

Era inútil. Miré a la rubita. Era joven. Posiblemente alternaba en el club. Tenía desparramo y todo lo que hace falta tener para vivir en un sitio así.

—Aun así, era sangre —insistí—. Y no estoy borracho.

—Oh, no —rio—. No está borracho.

No me creía, claro. Miré sus piernas. Preciosas, la verdad. Ella hinchó el busto. Sabía que tenía un tesoro de formas y le gustaba exhibirlo en su plenitud.

—Buenos días, preciosa —agité una mano, despidiéndome—. Me iré a dormir.

—Sí, vaya a dormir. Es lo mejor que puede hacer.

—¿Cree de veras que bebí?

—¿Usted qué cree?

Opté por no responderle. Di unos pasos y me tambaleé. Ella me tomó por un brazo, y me retuvo. Tuve que inclinarme sobre ella. Ni siquiera me abofeteó cuando toqué uno de sus pechos sin querer. Evidentemente, sabía que era sin querer. Aquella chica tenía vista.

—Sí, creo que me iré a dormir —repetí—. Puede que, después de todo, esté borracho...

—Buenos días —saludó—. Cuando se le pase la borrachera,

venga por aquí, si se acuerda de dónde está. ¿Le gustan las chicas?

—Claro —me ofendí—. ¿Qué supone?

—No supongo nada —rio—. No quise ofenderle. Sólo que los borrachos no son muy enamoradizos.

—Yo lo soy. Y no soy borracho.

—Entonces, venga otra noche. Soy mejor que un licor. No me subo a la cabeza.

—Lo creo —reí—. Volveré, preciosa. ¿Por quién debo preguntar?

—Por Vicky.

—Vicky... No lo olvidaré.

—Vicky Greer —completó—. No lo olvide. Hay otras chicas. No se deje deslumbrar. Las hay morenas, pelirrojas y más rubias que yo. No les haga caso. Busque a Vicky.

—Vicky... Sí, claro. La rubia Vicky. Ni morenas, ni pelirrojas... Pelirrojas... —suspiré—. ¿Conoce a Sharon?

—¿Sharon? No. ¿Quién es? —me preguntó.

—Oh, nadie —agitó una mano—. Nadie, olvídelo.

—¿Quién es Sharon? ¿Otra chica?

—Sí, otra chica. Dije que la olvidara.

—¿Su novia?

—No, no.

—¿Su esposa?

—¿Mi esposa? —reí de buen grado—. No, cielos, no...

—Entonces, ¿quién es Sharon?

—No lo sé —suspiré.

—¿No lo sabe? —me miró, desconfiado. Meneó su rubia cabecita—. Ande, vaya a dormir. Lo necesita.

—Sí, lo necesito —asentí—. Creo que lo necesito mucho. Pero Sharon existe. Claro que existe.

—Oh, sin duda debe existir. Ya me hablará de ella otro día. ¿Volverá?

—Volveré. Beberemos juntos, Vicky.

—Claro. Beberemos. Y charlaremos.

Me alejé. Se quedó atrás. Con su minifalda, su suéter y todo lo demás. Doblé una esquina. Sólo entonces recordé que yo no estaba borracho, que no tenía por qué estarlo. Que la rubia Vicky se equivocaba.

—Se equivoca —dije, regresando a la esquina de nuevo.

Pero ella ya no estaba. No había nadie en la larga, interminable calle. Bostecé. El sol iba a salir pronto tras los bloques de cemento de los edificios. Tenía sueño. Me dejé caer en el automóvil que me esperaba bastante más allá de la esquina. Cerré la portezuela. Tomé el volante...

—Hola, Keith —dijo ella a mi lado.

Me volví. Era su voz. Lo sabía antes de verla. No sé cómo lo hizo. Era como un viejo truco de prestidigitación, con ligeras variantes. No sabía tampoco cómo supo que yo me llamaba Keith, pero ella me había llamado así, y eso era todo.

—No sé cómo llegaste aquí —hablé—. Pero me gusta tu proximidad, Vicky.

—Gracias, Keith —rio, entre dientes, mirándome con ojos entornados—. Lo esperaba...

Me abrazó. La abracé, claro. Hubiera sido un imbécil de no hacerlo.

Luego, de repente, debió volverse loca. Me atacó. Me golpeó.

No sé con qué lo hizo, pero me golpeó mientras me besaba. Del placer supremo de sus caricias amorosas pasé a un estado de inconsciencia dulce y total.

Dormí inmediatamente, sin entender siquiera lo que había sucedido.

Pero dormí. O me quedé muerto, nunca lo supe. Pero si aquélla era la muerte, resultaba muy dulce, muy agradable. Valía la pena estar muerto.

Sólo que de la muerte no se despierta.

Y yo desperté.

Desperté sin tener la menor noción del tiempo que llevaba dormido, muerto o lo que fuese.

No desperté en el coche. No desperté en la calle.

Estaba en un recinto cerrado. Vi muebles, paredes, techo, ventanas cerradas, persianas graduables ajustadas...

En alguna parte sonaba música. Música de órgano, y una voz joven y cálida. Creí conocerlos: Brian Auger y Julie Driscoll (1).

(1) Famosas figuras de la canción moderna juvenil. Organista y cantante de un mismo conjunto músico-vocal inglés, muy de moda en la actualidad. (N. del E.)

La grabación llegaba de alguna parte, no lejos de mí. De algún

lugar en el espacio y en el tiempo.

La identifiqué: Black cat (Gato negro).

Giré la cabeza. Miré mi cuerpo. Nada de nada. Ni whisky ni sangre esta vez. Pero sí estaba tendido en el suelo, como en la calle de asfalto gris o de asfalto azul cobalto.

No había heridas de bala. Ni hombres de impermeable rojo, ni parpadeos luminosos. Sólo la luz de un mueble-bar abierto. Y de un tocadiscos. A mi lado, algo roto, afilado, centelleante. Estiré los dedos. Lo rocé.

Un vaso. Un alto vaso de vidrio decorado. Roto, estrellado en el linóleo.

Seguí palpando. Mojado, pegajoso. Olfateé. Licor dulce. Azúcar, agua, quizá hielo derretido. Olor a frutas. Un zumo con alcohol. Un combinado. Disperso en el suelo, junto a mí.

Lo toqué con más firmeza. Miré mis dedos. Quizá era tomate, pero no había oído a tomate. Sin embargo, sólo el tomate tenía aquel rojo. El tomate... y la sangre. Pero la sangre no es un fruto.

La sangre es sangre. Y aquello no podía ser sangre, sino tomate. ¿O era sangre?

Olfateé mis dedos mojados de rojo viscoso. Olor salobre, ligeramente ácido. No, no era tomate.

Era sangre.

Sangre...

Me erguí. Me senté en el suelo. Miré a mi alrededor.

Vi entonces a Vicky.

Estaba cerca. Cerca de mí. Casi desnuda.

Muerta, además.

Eso era lo peor. Que estaba muerta. Degollada.

La sangre había formado charco en su cuerpo. Y en su brazo. Y en el suelo de linóleo azul oscuro, con vetas blancuzcas, como mármol.

Miré el vaso quebrado. Sentí un escalofrío de horror.

Además de roto, tenía los bordes acerados, agudos, cortantes, llenos de rojo espeso y oscurecido. La sangre, sin embargo, no le había tocado, ni siquiera salpicado.

Eso sólo tenía una explicación. El vaso era el arma.

Un alto vaso roto. Utilizado como un cuchillo. Como diez cuchillos de diez puntas de muerte, afiladas y penetrantes.

Un vaso de combinado de frutas, para degollar a una chica.

Vicky, la rubia y complaciente Vicky... La chica de las piernas bonitas.

Muerta.

Asesinada.

Y sola conmigo.

Conmigo...

Capítulo II

ZONA EN BLANCO

POBRE VICKY...

Y pobre de mí. Pobre Keith Darrell, me dije, asustado.

Traté de incorporarme. Apoyé las manos en el suelo, en el frío linóleo.

Me quedé contemplando mis manos. Manchadas de sangre. Los puños de mi camisa, las mangas de mi americana. Manchados de sangre.

Sangre. Más sangre. No había charco alguno cerca de mí. No había tocado el cuerpo de Vicky, en el lugar donde yo yacía. ¿Por qué me manché de sangre?

Giré una mano. Contemplé su palma. Había cortes transversales, estrechos, levantando la piel en algunos sitios y la carne en otros.

Cortes de vidrio. Cortes producidos al coger algo cortante, incisivo. Un vaso roto, por ejemplo.

Sentí el escalofrío. Y el sudor helado, como una película pegajosa adherida a mi epidermis. No había sido una idea agradable, ni siquiera confortable.

Miré otra vez a Vicky, logrando ponerme de rodillas. No era una alucinación. Estaba allí. Y estaba tan muerta como antes, cuando la

vi la primera vez.

Traté de encontrar algo en mi paladar, chascando la lengua. Posiblemente la sequedad de una áspera resaca; de una borrachera descomunal, que le hace sentir a uno la boca como llena de papel de lija cuando despierta. No era así. No sentía nada desagradable.

Mi mente estaba despejada, mis pensamientos claros, mi visión era correcta, sin deformaciones. Desgraciadamente, todo era así. Normal, limpio, sin sombras.

Si al menos todo hubiera sido una fantasía, un delirio. Como el hombre de impermeable rojo, como el club nocturno y los parpadeos de su luminoso, como la calle de asfalto azul y blando, como Vicky en minifalda y *pullover*, como el diálogo vacío, incoherente y estúpido que sostuve con ella...

Parpadeé, cuando estuve ya en pie y pude apoyarme a medias entre una pared y un mueble. ¿Fantasía? ¿Delirio? ¿Había sido fantasía? ¿No fue?

Yo estaba ahora allí. Con Vicky. Con lo que quedaba de ella. ¿Por qué lo otro iba a ser fantasía y esto no?

Traté de entender algo y no pude. No, decididamente no podía entender gran cosa, y era mejor no quebrarse la cabeza en intentarlo. Ya estaba todo demasiado confuso, demasiado turbio, demasiado horriblemente oscuro, para complicarse más la vida.

Quizá soñé, quizá imaginé cosas o quizá no. No quería saberlo. No me importaba. Lo único que importaba ahora era Vicky Greer. Lo que quedaba de ella, allí a mis pies.

Volví a mirar mis manos hendidas, sangrantes. Mi camisa mojada de rojo oscuro y feo, mi americana, salpicada y rozada por el espeso tinte escarlata negruzco, en los ribetes mismos de su bocamanga...

—No lo entiendo —gemí—. No entiendo qué pasó aquí...

Di unos pasos por la habitación. No me tambaleaba, pero mis pasos eran blandos, silenciosos, lentos. Como dados en el vacío, con el don prodigioso de flotar en él. O como si caminara entre nubes. O tomados mis movimientos a cámara lenta.

Era una sensación nada más. Una rara, alada, etérea sensación. A veces creía estar viendo todo aquello desde el techo, lejos del lugar y de sus cuerpos. El mío era uno de esos cuerpos. Caminaba bajo mi vista, desligado por completo de mí, ajeno a mí y a mis

sensaciones. El otro cuerpo era el de Vicky.

Vicky...

Había sido un cuerpo maravilloso. Demasiado bonito para estar muerto. Demasiado frívolo e inconsciente para terminar así, con aquel trágico golpe de sangre, propio de un *grand-guignol* pasado de moda.

Vicky... Cerré los ojos, y seguí viéndola. Seguí viéndome a mí mismo. Floté por encima de los dos, de Vicky y de Keith Darrell, y la escena terminó fundiéndose, como dos imágenes desenfocadas que terminan definiéndose. Me metí en el cuerpo vivo que flotaba por allí. Entré en Keith Darrell, y volví a ser Keith Darrell.

De repente, me paré junto a un sofá. Todo tuvo sentido. Todo lo vi claro. Por primera vez en ese momento.

—Yo lo hice —dije, en voz alta—. Yo la maté.

Lo había pensado nada más. Pero lo había dicho. Mis pensamientos brotaban de mi boca en torrente, como si ideas y palabras no pudieran ir sueltas y sin emparejar.

—Yo he matado a Vicky —farfullé—. Está claro como el día.

El día no estaba claro, por supuesto. Allá afuera, tras las rendijas de las persianas, no había nada claro. Todo era oscuro. Oscuro como la noche. Tenía su explicación, desde luego: era de noche.

—Bebíamos tú y yo —le expliqué tontamente al cadáver de Vicky, que no pareció escucharme, quizá porque en realidad no me escuchaba—. Bebíamos zumo de frutas con vodka, con ginebra o con no sé qué demonios. ¿Te acuerdas, Vicky?

No, ella no se acordaba. Los muertos no tienen memoria. Y si la tienen, lo disimulan estupendamente. Ella no dijo que se acordase, y yo interpreté su silencio como una negativa, larga y sin fin.

—Tienes que acordarte —repetí—. Tienes que acordarte. Brindamos, bebimos, chocando nuestros vasos. Estábamos riendo. Quería acariciarte y te escapabas. Te perseguí. Creo que te cogí en el sofá, ¿recuerdas?

Maldita sea, no recordaba eso tampoco. Empecé a sentir compasión por la infortunada Vicky, que era incapaz de seguir una conversación razonable.

—Sí, te alcancé aquí —suspiré, dejándome caer en el sofá—. Tú reías, te burlabas de mí. Pero te dejabas acariciar. Y besar. Siempre te dejabas acariciar, si el tipo te gustaba. Yo te gustaba, ¿no? Al

menos, eso decías tú. Luego... no sé. No sé qué pasó, Vicky. Debí perder la noción de las cosas. Recuerdo un choque de vidrios, algo que se rompe, un grito muy largo, muy largo... Tu grito.

La miré, desorbitado, desde el sofá. Ya no se reía, ni bromeaba, ni eludía mis caricias, ni trataba de besarme o de ser complaciente. Ya no hacía nada. Ya no era nada.

—Tu grito... —repetí, obsesivo—. Tu grito, Vicky... Oh, Dios, qué grito diste... Yo tenía el vaso roto en la mano. Lo tenía cogido entre mis dedos, fuertemente. Así...

Alcé la mano y agarré el aire. Mis dedos se curvaron en el vacío, pero vi abrirse las grietas de los cortes de mi mano. Una empezó a sangrar ligeramente otra vez.

—Sí... El vaso... Estaba roto. Por eso me cortó. Por eso te cortó... Vicky, no quise hacer eso. ¿Cómo iba a querer... matarte? Tu cuello era bonito, terso, suave... Vicky, no quise, palabra... Pero eso es lo que ocurrió. Eso ocurrió, maldito sea yo, maldito sea este vaso.

Abrí los dedos, horrorizado, queriendo tirar aquel vaso. No tiré nada. El aire se fue de entre mis dedos, como una culebra resbaladiza, pero nada más. No había vaso, no había nada en mi mano. Sólo aire. Y ahora, ni eso. O lo parecía.

El vaso estaba allí. Sangrante, roto, junto a Vicky.

Junto a la chica rubia, de bonitas piernas. Junto a un desnudo hermoso, que ya parecía casi horrible.

Di vueltas por la habitación. Una bonita casa. Un bonito lugar aquel *bungalow*, *cottage* o como diablos quisieran llamarlo mis antepasados ingleses. Infiernos, yo ni siquiera tuve antepasados ingleses, ¿por qué pensaba semejante estupidez? Irlandeses. Eso, sí. Irlandeses. Un buen irlandés jamás puede ser un buen inglés, ni tiene por qué serlo. Un buen inglés no se parece en nada a un buen irlandés, a Dios gracias. Afortunadamente para los irlandeses, claro...

El *cottage* era encantador. Femenino, pulcro, vistoso e incluso caro. A Vicky le gustaban las cosas caras. Siempre tenía quien se las costeaba gustoso.

Muebles modernos, cuadros abstractos, auténticos churretes de color sobre un lienzo, con un marco que parecía valer más que el propio cuadro. Pero vaya usted a saber de eso, después de lo que

pagan por un Miró, un Picasso y cosas así. No entiendo mucho de arte. Por lo menos, no de este arte. Me quedo todavía con Rubens, Van Gogh, Goya o Rembrandt. Mente vulgar, supongo yo que es eso.

Ahora, todo aquello ya no valía nada para Vicky. Se había marchado para siempre de su mundo, de su *cottage*, de su alegre y divertida vida. Todo termina, sobre todo lo bueno y lo agradable. Termina la vida, y ahí termina todo, bueno o malo.

Pobre Vicky, muñeca rubia de carne...

Estaba en la puerta de salida a alguna parte, no sabía adónde. Tenía que irme de allí. Había un teléfono cerca. Un teléfono blanco, como en las comedias de alta sociedad o en las películas de Doris Day, pero yo no pensaba telefonear a nadie. Y a la policía, menos que a nadie.

—Este cochino americano, hijo de otra cochina americana y de un cochino irlandés —dije, remedando la voz de un *policeman* londinense—. Eso es lo que dirán. Los cochinos americanos y los cochinos irlandeses siempre matan a alguien, sólo por el placer de matar. Peste de gentuza...

Tal vez tuvieran razón. No iba a defenderme como americano, ni tan siquiera como irlandés, hijo de un irlandés y de una americana hija, a su vez, de padre y madre irlandeses. Keith Darrell O'Leary no se defendería de nada ni de nadie. ¿Para qué?

Era culpable. Endemoniadamente culpable. Había matado a Vicky, y ahí terminaba todo. Incluso la razón de mi estancia en Londres.

Claro que era Vicky. Ella era Vicky, no era Sharon.

Sharon...

De repente; muchas cosas llegaron a mi mente. Me quedé con la mano en el pomo de la puerta, y renuncié a salir, al menos de momento. Regresé despacio. Repetí, ahora no con el pensamiento, sino en voz alta:

—Sharon...

Eso era distinto. Eso lo cambiaba todo.

No sabía cómo pudo ser, cómo pude pensar en tantas cosas distintas, y no acordarme de Sharon.

Por culpa de Sharon estaba yo en Londres, en Inglaterra, en aquel *cottage*, junto a aquel cadáver.

Sharon, la pelirroja. Vicky era rubia. Rubia teñida, como casi todas, incluso en la propia Inglaterra. Pero bajo el pelo rubio, no había raíces pelirrojas. Era castaña clara, eso fue todo.

Vicky no era Sharon. Nadie parecía ser Sharon. Me pregunté si existía Sharon realmente.

Aunque tenía que existir. O yo no estaría en Londres, yo no tendría dinero en el bolsillo, un pasaje de retorno en avión a Estados Unidos y una misión que cumplir.

Si Sharon no existiera..., yo no estaría buscando a Sharon.

—Peste de Sharon, ¿dónde andarás metida, pelirroja del demonio? —murmuré, con enfado, pegando un puñetazo en la pared.

Me dolió, y miré mis nudillos. También miré la pared.

No había allí ningún cuadro abstracto, ni ninguna cosa parecida. Había un póster, eso era todo.

Desde el póster me contempló, sofisticada y risueña, Jean Harlow, desde el pasado de rancio celuloide amarillento de su vida profesional y humana. No sé por qué diablos la gente tenía la manía de hacer posters con caras de gente muerta, con mitos ya idos para siempre: James Dean, la Harlow, Laurel y Hardy, Marilyn Monroe...

Supongo que hasta en los posters surge siempre el morbo de la gente. Es una idea juvenil y vital, convertida en evocación funeraria por el afán de los comerciantes y de los exhibicionistas de posters.

Seguramente algún día, si Vicky hubiera sido famosa, hubiese estado, sonriente y llamativa, en uno de esos papeles impresos, como un pasquín sin sentido, adherido con chinchetas a la cabecera de la cama de cualquier adolescente que se dormiría soñando imposibles.

—Tengo que ocultar ese cadáver —me dije, de repente, mirando a Vicky.

Y supe que iba a hacerlo. Ahora mismo. Contra todo riesgo.

* * *

Ya estaba hecho.

La pobre Vicky Greer estaba fuera de mi vida, fuera de mi camino.

No era realmente definitivo. Un cadáver puede ser físicamente apartado de uno. Pero un crimen, rara vez se desliga de uno en el fondo. El cuerpo del delito se elimina. El hecho continúa,

permanece, pesa. Es el lastre que debe aceptarse como mal menor. O mayor, eso nunca se sabe.

Yo había matado a Vicky. Eso parecía fuera de toda duda.

Estábamos solos en su *cottage* del norte de Londres, solos en una habitación cerrada, de la que sólo ella tenía la llave. Para sacar de allí el cuerpo, tuve que buscar antes la llave en su bata de nylon rojo, donde la había visto guardarla cuando, sonrisa afilada en sus labios carnosos y en sus dientes iguales y blancos, esperaba concederme todos los bienes paradisíacos.

Todo eso se había terminado. Yo tomé la llave de su bata roja —roja como el impermeable del hombre de mis alucinaciones en la calle azul cobalto—, y abrí la puerta de la habitación para sacar el cuerpo sin vida de Vicky.

Una bolsa de plástico, de esas grandes, donde se guarda ropa en un *closet*, sirvió para guardar algo que no era ropa y que tampoco llevaba apenas ropa: el cadáver de Vicky.

Lo demás fue lento, trabajoso, interminable para mí.

Pero aún era noche cerrada cuando hube terminado y regresaba tranquilamente al centro de la capital. Detrás quedaba el cuerpo oculto de Vicky Greer. El bonito cuerpo roto de una muñeca rubia.

Delante, la incógnita de mi futuro. La incertidumbre de mis pasos inmediatos. Si era un asesino —y parecía que, forzosamente, tenía que serlo, dadas las circunstancias—, debía cargar con esa responsabilidad. Debía luchar para no ser aprehendido, acusado, señalado por ese inexorable dedo de la ley al que, desde hace años, no importa donde esté, le tengo bastante miedo. El suficiente miedo para esperar lo peor, para temer lo más ingrato, lo más duro, lo más terrible.

Eso debe venir de hace tiempo. Algunos lo llaman «complejo». Yo no sabría cómo llamarlo. Puede que sí, que sea complejo, después de todo. Puede que lo sea, no lo sé. Pero fuese lo que fuese, había sonado la hora de enfrentarse a ello.

Traté de pensar, mientras regresaba al centro de Soho, por Tottenham Court Road, conduciendo lentamente, sin prisas, el «Austin-of-England» de alquiler, traté de pensar.

Pensar...

A veces resulta más difícil de lo que parece. No porque uno no piense habitualmente, porque entonces dejaría de ser persona

consciente y ejemplo vivo de la humana especie, sino porque no siempre lo que se piensa sirva de gran cosa.

Yo podía acordarme de Vicky, llena de vida y de sexy, en un club nocturno de Soho, no lejos de Charing Cross Road. Podía evocarme a mí mismo, tomándola entre mis brazos, encarándome con ella de forma desenfadada, y haciéndole la pregunta que había ido a hacer a un millar o más de bonitas mujeres jóvenes del Soho:

—¿Eres tú, Sharon?

Al principio siempre ocurría igual.

Ellas se quedaban mirándome, perplejas. Repetían, como ofendidas:

—¿Sharon? ¿Quién es Sharon?

Otras eran más violentas. Se ponían en jarras, soltaban una palabra malsonante y terminaban:

—Oye, hijo de perra, ¿quién te figuras que soy? Mi nombre es Mery —o Daisy, o Pinky, o Lilly—, y no tengo nada que ver con esa... llamada Sharon a quien tú buscas.

Sólo entonces sabía que me había equivocado y que, una vez más, tenía que seguir buscando a Sharon. Y seguía buscando a Sharon.

Sharon...

Otras preguntaban, curiosas:

—Conozco a una Sharon. Tiene cuarenta años, es gorda y rubia y le gustan los bombones.

—No —negaba yo—. Esa no es Sharon. No es mi Sharon. Ella tiene veintiséis años, puede representar veintidós, es pelirroja, tiene un tipo estupendo y vive en Soho.

Las más de las veces me mandaban al infierno. Otras se interesaban si era mi mujer, mi novia o mi hermana. Yo decía siempre que no.

—No, no es mi mujer. No estoy casado. O bien esto otro—: No es mi novia, no. Ni tampoco mi hermana. No, nunca la vi. No sé cómo es Sharon. Sólo tengo una fotografía de la chica, y está hecha hace diez años. ¿Quieres verla? Sí, claro. La verás. Pero no va a resolverte nada.

Y la miraban, a pesar de todo. Y gritaban como condenadas, apartándola de sí. Y, claro, no resolvía nada.

No era agradable mirar a Sharon en fotografía, ni siquiera a los

dieciséis años. Lo malo es que era cierto lo que yo decía: sólo tenía una fotografía. Esa fotografía. Viéndola, se comprendía que no quisiera fotografiarse nunca.

Me detuve, con un suspiro, a la altura de Saint Giles Circus. Era como hallarse en el vértice de dos grandes polígonos geométricos: el de Bloomsbury y el de Soho. Encendí un cigarrillo. Me temblaba ligeramente la mano, pero resultaba curioso que mi mente estuviera lúcida, despierta, ágil y limpia.

Podía pensar con facilidad, podía recordarlo todo o casi todo. Podía reconstruir en mi mente, como si manejara las piezas de un *puzzle* absurdo y complicado, todo lo que había ocurrido antes hasta aquel momento.

¿Todo?

Bueno, no. No todo. Había algo que se resistía. Algo que quedaba al margen, entre mis recuerdos de antes y los de ahora. Entre un abrazo y un beso en un sofá, con una rubia entre los brazos, y el despertar junto a un vaso roto y un cuello abierto, sangrante.

Eso era lo que me intrigaba. Ese espacio de mi vida y de mis recuerdos. Era un espacio hueco, vacío. En blanco.

¿Qué había sucedido? ¿Soñé, dormí, deliré? ¿Maté?

No lo sabía. No podía estar seguro de nada. Sólo de una cosa: que fui con Vicky a su casa desde el club nocturno donde nos conocimos. Que nos besamos. Que bebimos, que nos abrazamos...

Y que, de repente, ella estaba muerta.

Entre esas dos cosas incoherentes, ¿cuál era la coherencia posible, cuál el eslabón perdido?

Nada. No podía recordarlo. Ni saberlo. Ni sospecharlo.

Era un espacio vacío. Una zona en blanco dentro de mi mente.

Y, sin embargo, no estaba aturdido. Por el contrario. Estaba más lúcido que nunca. Más sereno, más dueño de mí que nunca. Mi memoria era excelente, mis reflejos perfectos, mis reacciones veloces y precisas.

Ella no pudo narcotizarme. Nadie pudo hacerlo. No hubiera sido la primera vez que me narcotizase alguien. Y yo sabía lo que era despertar tras ello. Como sabía lo que era recuperar la consciencia tras una borrachera. No se diferenciaban mucho entre sí los resultados.

Ahora sabía que no fue eso lo que sucedió. No hay narcótico ni embriaguez que le dejen a uno despertar limpio, ágil, despejado, lúcido como si hubiese dormido apaciblemente veinticuatro horas seguidas tras varios días de cansancio y agotamiento.

A pesar de todo, la zona en blanco continuaba allí. Y afectaba a Vicky. Y a mí. Y a un crimen.

Apagué el cigarrillo, malhumorado. Puse nuevamente en marcha el motor. Me dispuse a continuar.

Entonces me pusieron aquello tan frío en la sien.

—Buenas noches, Darrell —dijeron—. ¿O decimos «buenos días»?

—Es igual —suspiré—. Estamos a caballo entre la noche y la mañana.

Luego, miré de reojo al que me hablaba. Lo sabía antes de mirarle. Tampoco era la primera vez que me hablaban así y que apoyaban en mi sien un objeto semejante, metálico y rígido.

Desde un principio supuse que era un arma. Una pistola automática.

No me creí muy listo. No había motivo. Pero era un arma; una pistola automática. Calibre 38. A aquella distancia podía agujerear la piel de un elefante. Y aunque mi piel es dura, no lo es tanto como la del elefante.

—¿Va a subir? —invité al tipo de la pistola.

—No —negó—. Voy a matarle aquí mismo. Ahora, Darrell.

Lo malo es que parecía sincero. Su dedo tembló en el gatillo.

Capítulo III

SALTO ATRÁS

FUE sincero. Lo cierto es que pensaba matarme cuando lo dijo. Y lo hubiera hecho.

Sólo que no lo hizo. Ahora me explicaba el por qué, mientras yo conducía como mejor podía, adentrándome en Soho:

—Creo que está sorprendido. Y preocupado —decía—. Lógicamente, tendría que estar ya muerto. Usted sabía que no bromeaba.

—Claro. Yo lo sabía. En cuanto le oí hablar lo supe.

—¿Por qué cree que no disparé?

—Si me lo cuenta usted, lo sabré. Confieso que no lo entiendo muy bien aún.

—Lo entenderá enseguida.

—Si usted lo dice...

—¿Tiene miedo?

—Tengo preocupación, usted lo dijo antes. Pero vale más estar preocupado o asustado, que estar muerto. Cuando se siente algo, por malo que sea, al menos se siente. Los muertos no sienten nada.

—¿Se lo dijo alguno de ellos?

—No —me estremecí al pensar en Vicky—. Los muertos

tampoco dicen nada.

—Ya. Parecía tan seguro de lo que dijo... —rio entre dientes y me hurgó en la nuca con el cañón de su pistola—. Si usted muere, tampoco dirá nada ni sentirá nada.

—Claro. No creo que sea una excepción. Nadie lo es en cosas así.

—Parece muy tranquilo, sin embargo.

—Posiblemente es porque no entiendo muy bien lo que ocurre. ¿De veras piensa matarme?

—Antes le dije que sí.

—Pero no lo hizo.

—Puedo hacerlo en cualquier momento. Me basta apretar el gatillo.

—Ya lo sé. Pero pudo hacerlo antes también. ¿Por qué no lo hizo?

—Eso no es cuenta suya.

—Creo que soy el que más cuenta en esto. No me gustaría ser liquidado así.

—¿Prefiere otra manera en especial?

—No, no prefiero ninguna —rechacé—. No quiero que me asesinen.

—Yo tengo orden de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque estorba a alguien.

—¿A quién?

—No puedo decirlo —se encogió de hombros, evasivo.

—¿Secreto profesional?

—Sí, en cierto modo, sí. Secreto profesional, usted lo dijo.

—¿Su profesión es matar?

—Mi profesión es cobrar dinero. Y hacer lo que me piden a cambio de ese dinero.

—En cierto modo, es lo mismo.

—No, no es lo mismo. No soy un asesino.

—Posiblemente, no. Pero lo parece. ¿Por qué, si no, sigue amenazándome con ese arma?

—Porque forma parte de mi trabajo.

—Su trabajo... ¿Sabe cuál es el mío? —pregunté, mirándole por el espejo retrovisor.

—Claro. Me lo contaron antes de venir a buscarle. Usted busca

una mujer.

—¿Sólo le contaron eso?

—No pregunté nada. Me lo dijeron ellos mismos.

—¿Quiénes?

—Ellos. No trate de averiguar demasiadas cosas. Bástele saber eso.

—¿Qué le ordenaron? ¿Matarme?

—Si no había más remedio, sí.

—¿Y si lo había?

—Entonces, conversar.

—¿Sobre qué? —empezaba a sentirme divertido, a pesar del arma asestada contra mi nuca de forma constante, implacable.

—Sobre usted. Sobre su presencia en Inglaterra. Y sobre la chica.

—¿Qué chica?

—No me dijeron quién. Pero mencionaron una pelirroja...

—Sharon.

—¿Qué?

—Dije: «Sharon».

—No sé quién es Sharon. No me dieron nombres. No sé nada de todo ello ni me importa. Pero me dijeron que si seguía interesado en la chica pelirroja, debía liquidarle.

Casi era cómico. Lo hubiera sido más, sin el arma en mi nuca. Eso estropeaba un poco la diversión. Procuré no pensar en ello, y palabra que no era nada fácil.

—Pues sigo interesado en la pelirroja —le dije—. De modo que deberá apretar ese gatillo y liquidarme, muchacho.

Me contempló, pensativo. Incluso parecía preocupado por algo. Al final asintió.

—Sí —convino—. Creo que tendré que hacerlo. Usted se empeña, de modo que no tendré otro remedio, Darrell.

—Adelante —invité—. Incluso conoce mi nombre. Somos como viejos amigos. Cada uno tenemos una misión. Yo cobré dinero por buscar a una pelirroja llamada Sharon. Usted, por liquidar a un tipo que buscaba a Sharon. Se da la circunstancia de que yo soy ese tipo. Creo que no puedo hacer nada. Sólo me gustaría morir, sabiendo por qué ocurrió.

—No se lo puedo explicar aunque quiera —se disculpó—. No conozco los motivos de mis clientes. Pero soy un profesional en mi

especialidad. Lo siento. Debo acabar el trabajo.

—Claro —vi por el retrovisor su ademán de encañonarme de nuevo con intención de disparar—. ¿A qué está esperando?

No me lo dijo. En vez de eso, curvó el dedo en el gatillo y apoyó el arma en mi nuca, resueltamente. Ya sólo le quedaba apretar el gatillo. Y disparar. Era lo más fácil de todo.

—Vengo de abandonar el cadáver de una chica en cierto sitio —expliqué, con un suspiro—. Supongo que lo mismo da morir de un balazo que colgado de una horca.

—¿Qué? —masculló él, asombrado.

—Ella se llamaba Vicky. Vicky Greer —detallé, tenso—. La maté. Estoy seguro de que la maté.

—¿Qué es lo que está diciendo? —parecía sobresaltado, incrédulo, y me miraba con recelo, como dudando ampliamente de mí.

—La pura verdad. Maté a una mujer esta noche. Acabo de esconder su cadáver.

—¿Dónde? —casi gritó la palabra.

—No importa. No lo entendería tampoco.

—¿Dónde? —insistió—. ¿Por qué hizo eso?

—Aún me lo pregunto —expliqué, risueño. Viré en una esquina, continuando apaciblemente la marcha—. Y no he encontrado respuesta...

—Me está engañando —se quejó él, malhumorado.

—No, no es cierto —negué—. No le engaño. Es lo que hice.

—¿Usted... asesinó a alguien? ¿A una chica?

—Sí, a una chica. Rubia y bonita.

—¿Cómo lo hizo? ¿Por qué?

—La degollé. Con un vaso de vidrio astillado.

—Horrible —se estremeció—. Le pregunté también por qué...

Me encogí de hombros, soltando una breve risa.

—No sé. Tal vez sea un demente. No puedo saberlo, ¿comprende?

—No comprendo nada. Acaba de confesar un crimen.

—Sí —reí—. A un asesino profesional.

—No dije que lo fuera. Dije que hacía aquello por lo que me pagaban.

—Y le pagaron por matarme. ¿Es cierto?

—Sí... —tragó saliva, mirándome incómodo—. Escuche, amigo. ¿Por qué me mete en líos? Aunque usted matase a alguien, eso no va a librarle de morir.

—Claro que no. Le pagaron por ello, y lo hará. Me limitaba a contarle algo. Una cosa que, posiblemente, no tiene gran sentido para usted ni para nadie. Pero es la verdad.

—¿Espera que le perdone la vida, sólo porque usted también sea un asesino?

—No espero nada, maldito sea —me irrité—. Dispare enseguida, ahora mismo o nunca tendrá ocasión de hacerlo.

—Me acaba de ofender. Dispararé cuando quiera —rechazó él, altivo.

—Se lo avisé. O me vuela ahora la cabeza, o nunca lo hará —repetí, con una carcajada.

Y repentinamente, cuando él menos podía esperarlo, di un vuelco completo al volante.

El coche patinó, resbaló sobre sus llantas, aulló en el asfalto y se tiró contra un muro de ladrillo y piedra, allá enfrente, brincando sobre la acera como un potro desbocado.

Oí gritar a mi compañero de viaje, mientras el «Austin-of-England» saltaba todos los obstáculos, hasta empotrarse en un escaparate, destrozando aparatosamente, ruidosamente, todos los vidrios de su gran abertura a la calle, y derribando maniqués, ropas y adornos de todo tipo.

Mi compañero de viaje gritó agudamente a mi espalda. Oí un estampido de arma de fuego, pero muy ahogado, como si se descorchase en alguna parte una botella de champaña, y una bala atravesó, maullando el techo de mi coche, antes del topetazo brutal contra el muro.

Después, el automóvil se arrugó extraña, violentamente, cuando yo brincaba ya, con la portezuela abierta, huyendo del brutal impacto en el vidrio desgajado y en los objetos del escaparate.

Rodé sobre el asfalto, lejos del vehículo que rugía, brutal, en libertad su motor, desgarrando y aplastando paneles, maniqués y elementos decorativos.

También dentro del vehículo iba un hombre armado, parlanchín y lento, demasiado convencido de su propia superioridad y dominio de la situación. Tal vez lo que, después de todo, le había logrado

perder en el trance decisivo.

* * *

—El tipo está mal.

—¿Muy mal? —me interesé.

—Bastante, sí. Posiblemente no muera de esto, pero no quedará bien. ¿Lo conocía usted?

—No —y no mentía—. Se metió en mi coche. Me amenazó con una pistola. Perdí el control de mí mismo... y no sé lo que ocurrió. Supongo que fue el miedo.

El superintendente Murray Musgrave me contempló fijamente. No sé lo que pensaba, pero meneó la cabeza, y terminó diciendo, con tono preocupado:

—Tiene heridas graves en la cabeza. Salió despedido hacia adelante y se lesionó seriamente. Aún no volvió en sí, y no sé si llegará a hacerlo.

—¿Puede morir?

—Puede morir, sí. ¿Le preocupa eso?

—Bueno, lo que puede preocuparle a un hombre el haber sido causante del hecho, pero teniendo en cuenta que él era el atracador —y ahora no mentía ya—. ¿Eso le parece raro?

—No, en absoluto —sonrió el superintendente Musgrave, de Scotland Yard—. Creo que, por encima de todo, somos seres humanos. Usted incluso llegó a olvidar que él era un enemigo suyo, un agresor.

—Posiblemente lo olvidé, sí. Al menos, no pensé más en ello, desde que vi mi coche contra aquel escaparate, su cuerpo doblado cerca del volante, salvado el respaldo del asiento delantero por la violencia del topetazo. No me importará que pague su deuda con la ley, pero no me gustaría saber que... que ha muerto.

—Pues su estado es precario —Murray Musgrave, de Scotland Yard, paseó por el despacho, pensativo. No me miró cuando añadió —: Usted tuvo suerte, eso es todo. Pudo haber sufrido la misma suerte en el choque. O peor...

—Lo imagino —me encogí de hombros—. Ya le dije que fue algo instintivo. No podría lamentarme ahora de sus consecuencias por graves que fuesen éstas.

—Eso parece cierto, sí —convino él gravemente. Me estudió con aire reflexivo—. ¿De veras no conocía a su agresor?

—De veras que no —confesé, con aire ingenuo—. ¿Cree que le engaño?

—No, no es eso, señor Darrell —suspiró el policía—. Es que, a veces, mucha gente no desea cooperar con la policía, y pone trabas a nuestra labor. Especialmente los extranjeros.

—Yo nací en Estados Unidos, pero no soy extranjero —sonreí—. Mi sangre es irlandesa casi en sus nueve décimas partes.

—Para muchos ingleses, los irlandeses son más extranjeros que nadie —rio el policía—. Pero no se preocupe. Yo también desciendo de irlandeses en cierto modo.

—Menos mal —mascullé. Hice un gesto elocuente—. ¿Qué supone que ocurrió para que ese hombre me asaltara en mi coche?

—Posiblemente es lo que usted dijo. Un atracador vulgar. Hay muchos actualmente. Es posible que su acto irreflexivo salvara su vida. Si le hubiera dado el dinero que él pedía, le hubiera matado igualmente. Lo hacen muchos asaltantes de coches.

No dije nada. No le confirmé que, ciertamente, de no mediar el choque voluntario contra el escape, yo estaría ya muerto a estas horas. Muerto a manos de un pistolero poco inteligente, charlatán y muy seguro de sí mismo. Lo malo de él, es que no le dijeron que iba a matar a un tipo llamado Keith Darrell, capaz de salir bien de muchas situaciones peores que aquélla.

No valoró debidamente a su enemigo, y eso le perdió. Quizá muriese de resultas del accidente, pero en cualquier caso, él tendría la culpa. Yo, desde luego, no...

—No le molestaré más —dijo el superintendente Musgrave, con tono firme—. Sólo quería saber si conocía usted a su agresor para completar el expediente de este asunto.

—No, no puedo ayudarle a eso —sonreí—. Soy un forastero en Inglaterra. Le confieso que me siento más confuso que nadie.

—Lo imagino —me estudió, y tuve la rara sensación de que, en realidad, no creía una sola palabra de lo que yo estaba diciendo ahora. Tal vez era sólo eso, una sensación, pero no era confortante en modo alguno—. Parece que usted y ese hombre pertenecen a mundos muy distintos, señor Darrell. Yo me pregunto, ¿qué relación podría existir entre un ser como el que le atacó a usted en su coche, y un americano de origen irlandés, llegado a Inglaterra por simple afán turístico?

—Eso es —sonreí, evasivo—. ¿Qué relación podría existir, superintendente Musgrave?

Afortunadamente, no se le ocurrió respuesta alguna a su pregunta. Y si se le ocurrió, la guardó para sí y no la hizo pública, lo cual fue un alivio para mí.

Poco después abandonaba yo el cuartelillo de la policía londinense, tras firmar mi declaración correspondiente, y me era dado regresar a mi alojamiento.

Lo hice meditando sobre lo ocurrido, sobre el modo violento pero providencial que tuve de librarme de mi agresor, el misterioso caballero de la pistola automática.

Pero en realidad, mientras un taxi llamado por los policías de Scotland Yard me llevaba de regreso al hotel, mis pensamientos dieron un salto atrás, y se fueron lejos, muy lejos.

Lejos de este momento, del accidente de automóvil, e incluso de la muerte de Vicky. Se fueron mis ideas a un lugar más atrás en el tiempo e incluso en el espacio. Al principio de todo, posiblemente.

Lejos de Inglaterra. Lejos de este instante. A Estados Unidos. A un lugar en la ciudad de Nueva York, colmena humana donde todo es posible. Todo. O casi todo.

Donde incluso es posible que un joven americano de sangre irlandesa reciba un encargo absurdo, fantástico, inverosímil. Un encargo como aquel que me dio en esa ocasión la voz de aquel hombre fríamente erguido ante mí:

—Encuentre usted a Sharon, Darrell. Encuentre a Sharon... y serán suyos estos cincuenta mil dólares.

Después de eso, tomó un montón de billetes. Le vi romperlos fajo por fajo. Cada uno de esos fajos era de diez mil dólares. Y rompió cinco. Me tendió la mitad inútil de los billetes. Se quedó con la otra mitad.

—Tendrá dinero para los gastos —dijo—. Y un anticipo. Al final, estos cincuenta mil. ¿Quiere ganar la otra mitad? De usted depende, Darrell.

—Bien —asentí, tragando saliva y humedeciendo mis labios—. Por cincuenta mil hago lo que sea. Acepto.

—Tendrá que encontrar a la chica, recuerde. Es la única condición previa.

—La encontraré —prometí.

—Eso es cosa suya —se encogió de hombros con cierto aire dubitativo, como si no compartiese mis ideas, mi seguridad en el resultado final de la misión—. Yo no le voy a pintar las cosas color de rosa para engañarle. Yo, por el contrario, le diré lo que pienso realmente, le daré mi opinión personal. Creo que le va a ser difícil. Muy difícil. Quizá imposible.

—No me importa. Lo haré.

—Tenga en cuenta que sólo le voy a dar el nombre de una mujer. Y una vieja fotografía nada práctica para su labor. Eso y algunas referencias.

—¿Qué referencias?

—Londres. Soho. Las calles Old Compton y Wardour...

Eso me desalentó un poco.

—¿Londres? ¿Tan lejos? —me quejé.

—Cincuenta mil no se ganan fácilmente. Pero está a tiempo. Diga que no, y buscaré a otro. Nueva York está lleno de gente capaz de intentar ganarlos.

—Claro. Yo soy una de esas personas.

—Lo sé. Por eso le busqué. Pero si cree que no será fácil...

—Sé que no será fácil —reí—. Si lo fuese no ofrecería cincuenta mil, sino mucho menos. Pero no dije que no aceptara.

—Puso objeciones.

—Dije que era lejos. Iré lejos. Después de todo en cierto modo es mi tierra. Sí, acepto.

—Bien, Darrell. Si encuentra a Sharon, tendrá sus cincuenta mil.

—¿Y... si no la encuentro?

—Los gastos, el anticipo... y una gratificación por el trabajo empleado. Nada del otro mundo, créame.

—Le creo —dije, sarcástico.

—No me juzgue mal. Ofrezco mucho, pero exijo mucho —su voz era tan dura como si estuviese hecha de granito impalpable—. Sabe que podría dirigirme a cientos de detectives privados, de agencias y todo eso, que se mueren por algo así.

—Y, sin embargo, me eligió a mí.

—Sí, Darrell. Sin embargo, le elegí a usted.

—¿Por qué?

—Fue un buen detective, ¿no?

—Lo fui. Usted sabe que me quitaron la licencia. No fui nunca

buen amigo de la policía.

—Ese es un buen punto a su favor en mi personal estimación —rio él, burlón—. De todos modos, no me importaría grandemente ese aspecto de la cuestión, créame.

—Le creo. Sabrá también que estuvieron a punto de procesarme por estafa, por soborno y por no sé qué más.

—Usted dijo entonces que era inocente de todo eso.

—Oh, claro que lo dije. Pero nadie me creyó.

—Yo le creí.

—¿Usted? ¿Por qué?

—Le oí hablar algo de todo aquello. Acusaba a unos políticos locales. Ellos le echaban los perros a usted. Lo raro es que cuando afirmó que iba a seguir luchando hasta el fin para demostrar que ellos eran los culpables y no usted, se postergó su asunto y no se le procesó. Yo me dije que por algo sería. Y até cabos fácilmente...

—Usted parece muy listo.

—Lo soy. Pero también soy exigente. Y duro. No admitiré dilaciones ni excusas. Sólo daré mi dinero a cambio de un informe: Sharon.

—Sharon... ¿Quién es ella?

—Una muchacha joven. Pelirroja.

—¿Hermosa?

—¿Qué opina usted? —me dio su fotografía.

La miré. Me estremecí.

—Terrible —dije—. Será fácil localizarla incluso en Londres.

—No esté tan seguro. Esa fotografía tiene diez años.

—¿Cambió algo en ella? —indagué.

—Cambió todo al parecer. El cabello, el rostro... Todo.

—¿Y... ella? —me interesé, mirando de nuevo la cartulina brillante de su fotografía.

—También —suspiró él. Me miró gravemente—. ¿Sabe una cosa, Darrell? Ella es una chica rara. Muy rara. Se droga.

—Cielos... —murmuré—. ¿Narcóticos?

—Sí. De una naturaleza muy especial.

—¿Morfina? ¿Opio?

—No —negó—. Drogas psicoquímicas.

—¿Cómo?

—Se las llama también psicodélicas. Alteran la mente. Hay quien

las califica como «alucinógenos». Sharon está en ese mundo, Darrell. El mundo del LSD...

* * *

LSD.

Los libros hablan de eso. La gente también.

Claro que los libros y la gente no coinciden apenas en nada. Es lo de siempre. Yo no vi nunca coincidir a nadie con los libros. Unos son documentados y fríos. La gente es indocumentada y llena de impulsos ridículos. En la duda, hago más caso a los libros.

El LSD es una droga muy actual en el mundo. Cuando leí cosas sobre ella, sin embargo, supe que la gente sabía tanto del LSD como de los antiguos mayas o los monstruos de la prehistoria, pongamos por caso.

Es un alucinógeno, una droga, un producto psicoquímico, un narcótico o un medio de crear el proceso psicodélico del individuo. De todas esas definiciones, me quedo con la última.

No soy culto ni sé gran cosa de todo eso, pero si «psicodélico» significa «algo que cambia la mente y la modela», o bien «manifiesta a la mente humana»..., pues está bien la definición, y vale para el caso.

Ese era el mundo que yo debía ahondar en busca de algo que era como la aguja famosa, perdida en el famoso pajar. Una mujer pelirroja en Londres. Una chica llamada Sharon en una ciudad de doce millones de habitantes, donde habría miles de pelirrojas, y cientos de ellas se llamarían Sharon.

La pista principal era ésa: Soho y el LSD.

¿Sería suficiente?

No lo sabía cuando partí de Estados Unidos. Seguía sin saberlo ahora, cuando pisaba el suelo inglés.

Pero mi mente seguía recordando. Recordando Estados Unidos. Y a un hombre llamado Thorold Kenneth. Y a otras personas...

Capítulo IV

TODAVÍA ATRÁS

—**AQUÍ** tiene, Darrell. Son cien billetes de quinientos dólares.
¿Correcto?

Los conté. Asentí luego.

—Correcto —suspiré.

—Yo guardo las otras mitades. En cuanto Sharon aparezca, debidamente probada su identidad, usted recibirá este dinero en la mano. Como ve, no trato de engañarle, ni ganaría nada con ello. Su dinero nada vale sin las mitades que yo guardo. Lógicamente, estas mitades tampoco valen sin su parte.

—Eso parece muy claro —sonreí—. ¿Qué más, señor Kenneth?

Thorold Kenneth enarcó las cejas. Cerró su caja fuerte con cien fragmentos de billetes de quinientos dólares, partidos por su mitad, completamente sin valor.

—Ahora todo es cosa suya —dijo—. La iniciativa, la acción... Todo.

—¿Carta blanca?

—Carta blanca, sí.

—Perfecto —asentí—. Es posible que logre resultados buenos, no sé aún las dificultades que puedan presentarse.

—Serán muchas —habló el millonario lentamente, paseando por la estancia con aire pensativo. Su continente formidable, su estatura, su arrogancia, su rostro ancho, firme y enérgico bajo los cabellos blancos y crespos, encajaba bien en aquel ambiente suntuoso de la residencia neoyorquina—. No quiero engañarle previamente, enviándole a un laberinto habiéndoselo pintado antes de puro color de rosa. No se va a ganar ese dinero con ninguna facilidad, créame.

—Le creo. ¿Qué ocurre exactamente con Sharon?

Me lo explicó de un modo algo ambiguo:

—Tengo que encontrarla —dijo—. Deseo recuperar a esa muchacha, sea como sea.

—Sí, eso lo entendí ya. Es lo demás lo que no entiendo. Quizá si me cuenta algo, todo será más fácil.

—Ella debe volver aquí, a mi lado —habló—. Esa idea no le gusta a mi esposa en absoluto. Ni siquiera al resto de mi familia, a mi hija Agnes y los demás.

—¿Motivos? —me interesé.

—Sharon es mi hija —suspiró.

Enarqué las cejas. Thorold Kenneth era un importante hombre público. Un hombre no sólo rico, sino influyente, políticamente situado en la cumbre y todo eso. Era amigo personal del presidente de Estados Unidos y de varios de los principales políticos y militares de Estado Mayor de Washington. Eso lo sabía todo el mundo. Sabía también las cosas de su familia, como se saben las cosas de Eisenhower, de Nixon, de los Kennedy o de Rockefeller.

Y nadie sabía, en absoluto, que existiera una hija llamada Sharon.

—Veo que se sorprende —dijo, mirándome con una sonrisa fría.

—Bueno, tengo motivos, ¿no? —argumenté—. No leí nada sobre Sharon Kenneth en ningún diario jamás. Y acostumbro a leer todas las noticias que puedo.

—Ella nunca salió en los periódicos —musitó—. En realidad, pocas personas saben que tengo una hija llamada Sharon.

—Eso sí que no lo entiendo. Comprendo que no se haga fotografías, pero hablar de ella, citar su nombre, referirse a «otra hija de Thorold Kenneth»... bueno, a eso no le veo problema alguno, siempre que el fotógrafo no se empeñe en sacarla en las

páginas del diario.

—Es una larga historia, Darrell —me dijo lentamente—. Es mejor que no hablemos de todo ello. Sepa únicamente que mi actual esposa, Viveca, no quiere saber nada de Sharon, ni mi hija Agnes, fruto de ese segundo matrimonio, tampoco. Desde que murió mi mujer, Leticia, madre de Sharon, las cosas han cambiado bastante en mi vida. Nunca debí volverme a casar. Pero esas cosas se dicen siempre cuando ya no tienen remedio y están hechas.

—La eterna historia de la madrastra y la hermanastra —comenté.

—Pero sin Cenicienta —rio amargamente entre dientes él—. Sharon no es de esas. Sharon es una chica muy especial.

—Dijo usted que sería difícil encontrarla.

—Y lo repito, Keith.

—Pero..., pero no puede ser tan complicado. Cualquiera que la haya visto una vez... no la olvidará fácilmente, usted lo sabe.

Thorold Kenneth se echó a reír duramente.

—Habla por esa fotografía que le di, ¿no es cierto? —preguntó.

—Por supuesto.

—Démela, por favor.

Se la di. No era agradable mirarla, la verdad. Me la mostró, y lo soporté bien. Nunca ha sido agradable contemplar el rostro de una muchacha que podría ser hermosa y llena de atractivo. Y que, sin embargo, ofrece una faz deforme, monstruosa casi, con medio rostro abrasado, rugoso, alucinante, bajo una cabellera abundante color caoba.

—Estando así, no sería problema dar con ella —habló lentamente Kenneth—. Pero es que ya le dije que no existe otra fotografía de ella. Sin embargo, ahora puede ponerse ante una cámara sin inspirar horror. Sólo que le ha quedado para siempre el complejo, el terror al objetivo fotográfico. Es como una psicosis. Una enfermedad crónica que tiene ya arraigada en su mente, ¿va entendiendo?

—Algo. ¿Quiere decir que ella..., ella no tiene ya huellas de esa deformación?

—En absoluto. Los médicos de cirugía plástica son prodigiosos hoy en día.

—¿Se operó en Estados Unidos?

—No. En Europa. Posiblemente en Inglaterra, no sé.

—¿Conoce al cirujano que lo hizo?

—Si lo conociera, tendría su descripción. Y no es ése el caso. No, no sé quién la pudo operar el rostro.

—Sin embargo, conoce muchos detalles de su vida. ¿Cómo los llegó a averiguar?

—Pagué a investigadores privados, Darrell. Obtuve datos de aquí, de allá, pero nada que me diera la pista, el rastro para dar con ella en alguna parte. Eso es lo que me obsesiona, ¿comprende?

—Claro —afirmé despacio—. Por eso pensó en mí.

—Sí. Por eso pensé en usted.

—¿Quién le recomendó precisamente mi nombre? —indagué, curioso.

—Hubo varias personas —se encogió de hombros—. Me dijeron que había sido detective privado alguna vez, y que ahora vivía oscuramente, sin saber nadie en concreto a lo que se dedicaba. Me gustan los tipos que viven misteriosamente, y parecen alimentarse del aire.

—¿Por qué?

—Habitualmente son listos. Muy listos.

—Gracias. Espero no defraudarle.

—¿Tiene fe en dar con Sharon?

—Sí —hice un gesto pensativo—. Y si doy con ella, ¿qué hago?

—Avisarme inmediatamente. Me presentaré donde ella esté. La recogeré conmigo. Es mi hija, mi verdadera hija. Todo este estado de cosas tiene que terminar. Este distanciamiento provocado por mis segundas nupcias ha de concluir. Sharon volverá conmigo. Y quien no esté a gusto, saldrá de esta casa. Cualquiera menos ella.

—Pero ella fue la que salió ya una vez. ¿Por culpa de la segunda familia suya?

—Claro. Era casi una niña aún cuando desapareció, dejándome una nota. En ella se despedía definitivamente.

—¿No ha vuelto a escribirle?

—Dos o tres veces, muy espaciadamente entre sí, Siempre desde Inglaterra. Con matasellos de una estafeta de Soho. Por eso supe cómo irla localizando, aunque luego perdí el rastro.

—Falta un dato por esclarecer: el LSD. ¿Por qué supone que ella se droga con alucinógenos de ese tipo?

—Me lo decía en su última carta hace de eso casi un año. Nunca me reveló que se había cambiado el rostro, convirtiéndose en la bonita muchacha que hubiera sido siempre, de no sufrir las terribles quemaduras cuando era niña, en un incendio infortunado. Pero me dijo que su amarga vida había experimentado un cambio radical gracias a un «guía» espiritual y a la liberación y manifestación psíquica de su ser, y tonterías por el estilo. ¿Está claro eso, Darrell?

—Totalmente —asentí—. Está clarísimo. Liberación y manifestación psíquica nueva... Drogas psicodélicas. Ingeridas en dosis muy pequeñas, de micro-gramos, no excediendo de cien a doscientos de dosis normal, crea una liberación aparentemente real del individuo y le hace encontrarse a sí mismo, o es lo que ellos piensan. Se utiliza también para procedimientos curativos de alcohólicos y viciosos. Pero, naturalmente, poca gente lo utiliza así. La mayoría la usan para drogarse, como usarían marihuana, opio o morfina. Y eso es lo peor de todo.

—Quiero, de cualquier modo, que la libere también de eso. No deseo para Sharon un mundo artificial de falsa felicidad, sino la real dicha a que tiene derecho, algo tangible y cierto, que sólo a mi lado puede hallar.

—Bien, Kenneth —asentí—. No puedo prometerle que volveré con Sharon cogida de la mano puesto que usted lo pone todo tan difícil. Pero esté seguro de que haré lo humanamente imposible porque ello sea así.

—Lo sé, Darrell —afirmó él gravemente—. Lo supe desde que me hablaron de usted. Por eso le hice venir.

Me tendió la mano y la estreché con calor.

Abandoné la residencia, cruzando los jardines, camino de la salida. Fue entonces cuando me encontré ante la piscina donde dos mujeres se dedicaban a; saltar del trampolín ágilmente.

Ambas tenían muy bonita figura. Se advertía que una era madura y la otra muy joven, y notablemente parecidas entre sí. La mayor vestía un bañador competo, color azul. La joven, un gracioso bikini de tono plateado, que armonizaba bien con el oscuro de su yodada piel.

—No se marche aún —pidió la voz de la mujer de más edad, desde lo alto del trampolín, al pasar yo.

Luego se tiró. Vi cómo su cuerpo hendía el aire, caía en el agua,

describiendo una graciosa curva ascendente luego, hasta emerger junto a la escalerilla. Me contempló desde allí, jadeante, chorreando agua sus rubios cabellos. Podía tener cuarenta o cuarenta y cinco años, pero representaba físicamente no más de treinta y tantos. Aún era hermosa y su cuerpo en perfectas condiciones, solamente había cobrado cierto aire de matrona de Rubens, bastante llamativo.

—Soy la señora Kenneth —me dijo inútilmente, porque yo sabía ya eso.

—Y yo, Agnes Kenneth, su hija —remachó otra vez en el trampolín.

Alcé la cabeza. El cuerpo bronceado de bañador de dos piezas en color plata, se sumergía ya en las aguas azules como una ondina, grácil y elástica.

Su madre continuó, mientras ella buceaba, mirándome fijamente con sus ojos oscuros, relampagueantes y astutos:

—Señor Darrell, ¿qué le ha dicho mi marido?

—Secreto profesional —sonreí, hierático—. No puedo revelarle nada a nadie.

—No diga tonterías. ¿De qué secreto profesional habla? Usted no tiene profesión.

—¿Cómo lo sabe? —reí, burlón—. He sido detective privado.

—Lo ha sido. Le quitaron la licencia. Se metía en negocios sucios. Conozco bien su historia.

—¿Cómo la supo, señora?

—Contraté, a mi vez, a otro detective privado —soltó ella la carcajada—. Va a decirme lo que se trae entre manos con Thorold.

—No —negué—. No voy a decírselo.

—¿No lo hará? —terció la hija, emergiendo de las aguas con una postura muy estudiada, que realzaba la arrogancia de sus formas y acentuaba el ritmo de sus caderas.

—No —sacudí la cabeza de un lado a otro—. Aún conservo cierta ética.

—Ética... —repitió la madre, desdeñosa—. Un hombre expulsado de su profesión no conserva nada de eso. Sobre todo cuando la expulsión es por haberse mezclado en asuntos turbios de espionaje y cosas así...

—Cuando me contrataron para una labor de espía, yo no podía saber lo que estaba haciendo —manifesté con acritud—. Eso es lo

que realmente sucedió entonces, y pagué por ello. No volvería a sucederme, pero ahora es tarde para lamentarse. Si me permite, señora, yo...

—No le permito nada aún —cortó, seca—. No sé lo que Thorold le pagará. Yo le doy doble, por no hacer lo que él le ha pedido que haga.

—Tal vez no me convenga su trato.

—Será mucho dinero. Thorold acostumbra a pagar bien. Yo también.

—Vamos, escuche a mamá —insistió Agnes. Y su cuerpo mojado, escultural, se detuvo cerca de mí, como en una sugerencia tentadora—. Sea buen chico, y tendrá nuestra amistad. Le aseguro que eso le reportará sólo beneficios.

—Lo imagino —suspiré—. Pero pierden su tiempo. No acepto.

Me moví hacia la salida. La señora Kenneth masculló, irritada:

—Yo sé lo que va a hacer: buscar a una muchacha llamada Sharon.

Me detuve. La miré por encima del hombro, sin expresión.

—No pienso decirle nada, señora —hablé—. Pregúntele a su esposo.

—No hace falta. Sé que va en busca de Sharon. Es un disparate. Sharon no existe.

Enarqué las cejas sin hacer comentario alguno. Permanecí así, en silencio, contemplando a ambas. Agnes, la muchacha, caminó unos pasos tras de mí, agitando sus caderas agresivamente.

—Ella está muerta —completó la joven.

—¿Muerta? ¿Cómo lo saben?

—No podemos saberlo —habló su madre, fríamente—. Pero esté seguro de que Sharon no existe. Y si existe, no es la misma Sharon que él piensa encontrar. No vale la pena buscarla. Es una mujer maldita.

—¿Maldita?

—Su vida es un infierno. No tiene conciencia —suspiró Viveca Kenneth—. Lo último que pude averiguar sobre ella no era agradable.

—¿Qué averiguó? ¿Va a decírmelo?

—Creo que debe saberlo. Ella andaba metida en un mundo de drogas, de vicio... y además, parece ser que está mezclada con

espías, con gente violenta, con enemigos de nuestro propio país. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? Si volviera a América, siendo su padre quien es, podría hacer mucho daño a todos. Y al país en primer lugar...

Hice un encogimiento de hombros. Seguí hacia la salida.

—Eso es cuestión de los demás —dije—. Mi misión consiste, simplemente, en regresar con Sharon. Lo demás no me incumbe.

—Encontrar a Sharon será como abrir una nueva caja de Pandora, Darrell.

—Ya le dije que no es cosa mía.

—No dará con ella nunca. Y si la encuentra, posiblemente esté muerta. Eso sería lo mejor que podría suceder.

—Es posible —reí—. Sobre todo para ustedes dos...

Las dejé allí seguramente maldiciendo mi nombre y a toda mi estirpe. Pero eso me tenía perfectamente sin cuidado.

* * *

Estaba fumando tendido en la cama del hotel. Pensando aún. Evocando cosas. Recordando mi entrevista con el rico y poderoso Thorold Kenneth en Nueva York, en su suntuosa residencia de la Quinta Avenida.

Y preguntándome, una vez más, dónde estaría Sharon, quién sería ella ahora, en el infinito laberinto ciudadano de la capital inglesa. Interrogándome interiormente sobre su auténtica personalidad y naturaleza.

Era curioso, pero todos los datos resultaban complejos y dispares: drogas psicodélicas, un rostro operado, que cambió una faz deforme y abrasada en la cara de una bella joven, sospechas de espionaje, distanciamiento de la familia durante diez años, odio de la madrastra y de la hermana del segundo matrimonio...

Y un hombre, Thorold Kenneth, dispuesto a recuperar a su hija perdida, fuese como fuese.

¿Qué era concretamente Sharon? ¿Una drogada, una espía, una muchacha pervertida, una mártir sacrificada por falta de afectos?

¿O era todo eso a la vez?

No lo sabía. No podía saberlo. Sólo sabía que aquella noche había encontrado a la rubia Vicky en aquel local de Soho, en el Paradise. Y que ella había dicho inesperadamente:

—Sí, Keith. Conozco a una chica llamada Sharon. Se operó y

cambió su cara. También cambió sus cabellos. Y su nombre. Yo sé quién es. Yo te diré quién es...

Posiblemente mentía, y sólo buscaba compañía para aquella noche. Posiblemente, pero yo no estaba seguro de eso, y tuve que aferrarme a aquel clavo ardiente que era Vicky.

Después, sucedió aquello. Su apartamento, su *cottage* en Camden Town cerca de Hampstead Road. Y su muerte.

Su muerte...

Miré mis manos cubiertas de cortes. Había podido explicar que me los hice en el accidente de automóvil. Todo iría bien con la policía inglesa, mientras no apareciese el cuerpo de Vicky, y alguien me relacionara con ella. No quería líos con Scotland Yard. Era lo peor que podría ocurrirme para el cumplimiento de mi misión.

Y mi misión seguía siendo todavía la misma: encontrar a Sharon. Si Vicky dijo la verdad, la cosa iba a ser más difícil aún. Además, había algo más por medio. Claro que el pistolero de Londres podía incluso estar pagado por la respetable señora Kenneth, allá en Nueva York. Pero también cabía la posibilidad de que Sharon anduviera metida en serios líos en Londres, y aquel hombre que intentó asesinarme, en mi propio auto de alquiler, tuviera una Relación siniestra con sus actividades.

Después de todo, Sharon vivía de algo. No recibía dinero de su padre, no quería un centavo de los Kenneth. Podía ser modelo, artista o cualquier cosa así, ciertamente. Sólo que se gana más dinero de otro modo. Trabajando en espionaje, por ejemplo, como había sugerido malignamente la señora Kenneth aquel día antes de abandonar yo Nueva York en busca de la joven pelirroja desaparecida en Europa-

Cerré los ojos con un suspiro. Tenía sueño.

Me dormí.

Cuando desperté era ya muy tarde. Miré mi reloj.

—Las dos —mascullé, poniéndome en pie de un salto—. Cielos, ni siquiera he almorzado...

Me asee rápidamente y bajé las escaleras del hotel. Entregué la llave al conserje y salí a la calle. Londres me recibió con una tarde nublada, pero no demasiado abundante en brumas, contra lo tradicional.

Me encaminé a Soho en un taxi. Me detuve el tiempo justo para

tomar unos emparedados y una cerveza en una cafetería antes de emprender la marcha hacia el Paradise, donde la noche antes conociera a Vicky Greer.

Era un paso arriesgado aquél, que podía traerme serias consecuencias. Pero imaginé que si me veían deambular por allí, cuando observaran que Vicky había desaparecido, no sospecharían tanto de mí. Un tipo, cuando es culpable, hay ciertas cosas que no las hace, por muy audaz que se sienta.

El Paradise, con sus puertas pintadas de color calabaza, su discoteca hippy al fondo, sus divanes muy de la moda de otros tiempos —el último grito en las modas actuales es siempre el grito que lanzaron nuestros antepasados a finales o principios de siglo, si no más lejos aún en el tiempo—, y con los muros llenos de alegres posters de colores, era un lugar delicioso.

Por la noche se llenaba de humo, de minifaldas increíbles, de melencidos apáticos e indiferentes por todo, y de canciones del repertorio de The Cream, Jimmy Hendrix o Julie Driscoll, preferentemente.

Ahora, todavía era pronto para que el lugar tomara su ambiente peculiar. Pero ya había unos cuantos grupos diseminados por la sala en mesas dispersas, o bien escuchando algún nuevo disco recién salido al mercado.

—Cerveza —pedí al mozo del mostrador—. Bien fría.

Me la sirvió sobre un soporte donde se veía la reproducción de un póster de 1920. Bebí un trago. Luego, pregunté a un empleado a quien recordé de la noche antes:

—¿No vieron por aquí a Vicky todavía?

—¿Vicky? —me miró, pensativo—. ¿Vicky Greer?

—Sí, la misma. Estuvimos tomando anoche unas copas en aquella mesa. Luego salimos juntos del local, bastante avanzada la madrugada, ¿no recuerda?

—Claro. Usted es el americano de acento irlandés —rio—. Sí, le vi irse con Vicky. Suponía que estaría con ella.

—Oh, hace una eternidad que dejé de verla —mentí fríamente, encogiéndome de hombros—. No quiso estar en mi compañía anoche.

—Es raro en ella, pero las mujeres son así —hizo un gesto vago que no significaba nada en realidad—. Bueno, tómese la cerveza.

Ella suele venir sobre estas horas. Es raro, a veces ya está aquí por estos momentos.

Sí, claro que estaría. Pero no era raro, como él decía. Los muertos no acuden a sus citas puntualmente. Los muertos ya no van a ninguna parte. Y Vicky estaba muerta.

Pero eso no podía decírselo a nadie. Debía fingir, suponer que ella vendría, que en cualquier momento aparecería en la puerta del Paradise con su cuerpo escultural, con sus andares cimbreados, con su rubia melena...

Bebí cerveza, en silencio, escuchando White Room en la voz de The Cream, el conjunto inglés de moda. Mis pensamientos estaban lejos de allí. Y en Vicky.

¿Era cierto que conocía a Sharon? ¿Frecuentaba ella el Paradise o cualquier otro lugar de Soho?

¿Quién era Sharon? ¿Una rubia llamativa, una morena agresiva, una muchacha insignificante de suave cabello castaño? ¿O volvía a ser pelirroja como fuera siempre?

Tomé otro trago. No conducía a nada darle vueltas al asunto.

El camarero a quien interrogara antes se acercó al mostrador. Se abrió la puerta del local a mis espaldas, cuando el hombre se inclinó a recoger unas consumiciones. Me guiñó el ojo.

—¿No preguntaba antes por Vicky? Bueno, pues ahí la tiene ya. Tan bonita como siempre, ¿no es cierto?

Pegué un salto en mi asiento y abrí unos ojos enormes, incrédulos.

No era posible, claro. Él se equivocaba. Acaso sufría un error, una confusión con el nombre de las chicas. Vicky no podía ser...

Giré la cabeza. Miré.

Era cierto.

Acababa de entrar en el local. Y era ella. Era Vicky.

Se acercó a mí caminando con su contoneo habitual, el de la noche antes.

—Hola, Keith —saludó, sonriente—. ¿Cómo va todo?

Capítulo V

VICKY

No podía ser.

Ella no podía ser. Vicky no podía volver al Paradise.

Vicky estaba muerta. Vicky no podía ser aquella muchacha rubia que se acercaba a mí con un alegre taconeo, sonriéndome risueña.

Y sin embargo, era ella. No había error posible. Era ella misma.

Me erguí, estupefacto. Vacilé, y tuve que apoyarme en el asiento.

—Vicky... —murmuré con voz estrangulada—. No es posible...

—¿Por qué no? —rio ella, jovial—. Un poco tarde, pero soy yo. Ya te dije que cada día vengo por aquí. No iba a ser hoy una excepción.

Su voz, su modo de hablar, su gesto, sus posturas. Todo. Era ella, era Vicky Greer. La misma Vicky Greer sangrante, fría, que yo había metido en una bolsa de plástico, llevándola a un lugar alejado, donde nadie pudiera hallarla fácilmente.

La contemplaba sin dar crédito a mis ojos. Evoqué la calle azul, el hombre del rojo impermeable y el asfalto blando. Tan irreal como todo eso era Vicky ahora. Recordé algo que dijera Kenneth:

«—Mi hija, Sharon, toma LSD.»

Alucinógenos. Un alucinógeno me debieron administrar a mí de algún modo la noche anterior. Eso explicaría el espacio en blanco, las deformaciones visuales, el mundo de color y de irrealidad en que viví.

Pero estaba despierto cuando vi muerta a Vicky, cuando la trasladé conmigo, en un viaje siniestro a la muerte...

¿O todavía era aquello resultado de una droga psicodélica?

No, no era posible. Yo no soñé la muerte de Vicky. Era real. Muy real. Pero entonces esto de ahora... Aquella mujer que decía ser Vicky...

—Vamos —dije, tomándola del brazo.

—¿Adónde? —se sorprendió ella, mirándome con ojos muy abiertos.

No respondí. Estaba oprimiendo su brazo, y podía jurar que era corpóreo. A mi alrededor, las cosas tenían sus formas naturales, sin deformación alguna, sin coloridos, imposibles. No estaba soñando. No sufría visiones psicodélicas ni nada parecido. Ella era sólida, corpórea, enteramente física y no metafísica ni irreal. Ella era Vicky Greer. No sé cómo demonios podía ser aquello, pero era así y eso bastaba.

Salimos del Paradise. Me detuve con ella en la acera ante un establecimiento dedicado a la venta de electrodomésticos y grabaciones musicales muy pop. Ella seguía contemplándome con asombro.

—Bien y ahora, ¿qué? —se interesó—. ¿Qué significa todo esto, Darrell?

—Tú..., tú no puedes ser Vicky Greer —dije.

—¿No? —soltó una carcajada—. ¿Quién soy entonces?

—No lo sé. Pero no eres Vicky.

—¿Qué tontería es ésta? Pregunta a todo el barrio. Te dirán quién soy.

—Oh, infiernos, claro que lo dirán. Eres Vicky. Pero no puedes ser Vicky.

—Darrell, ¿estás realmente sereno?

—Sabes que sí, que lo estoy.

—¿Te convencieron para probar LSD-25? —rio.

—Lo probé, pero no sé cómo. Ocurrió anoche y estaba contigo cuando... —sacudí la cabeza—. No, no puede ser. Contigo, no.

—Keith Darrell, no te entiendo una sola palabra —replicó ella, agresiva—. Dices que no soy yo, dices que tomaste LSD, afirmas que sí soy Vicky, pero que no puedo serlo... En serio, Keith, ¿qué te sucede?

—Nada —la miré, fijo—. Nada, Vicky. Sencillamente... tú... tú estás muerta.

Se me quedó mirando como quien ve visiones. Boqueó, atónita, y leí el estupor en sus ojos. Eso no tenía sentido, pero tal era su gesto, y que me ahorquen si lo entendía en absoluto.

—Yo... ¿qué? —masculló.

—Oh, dicho así es estúpido y ridículo —admití, furioso conmigo mismo—. Pero te aseguro que eso es, justamente, lo que sucede. Que tú no existes.

—Pues parece que para no existir soy bastante sólida —rio, tomándome la mano—. ¿Lo soy o no?

—Uf, no sé cómo empezar... —la llevé de nuevo unos pasos más allá. A la luz del día nublado y gris, era más real que nunca. Pero eso no era posible. Las personas no resucitan con esa facilidad—. Vicky, vayamos por partes. Anoche tú y yo nos conocimos en ese mismo local, el Paradise.

—Exacto —ella me miró preocupada—. Es lo único sensato que dijiste hasta ahora.

—Bebimos juntos. Bailamos al compás de discos *soul*, *pop* y todas esas cosas.

—Sí. Y también bailamos un par de piezas lentas, ¿recuerdas? —sonrió ella.

—Recuerdo —firmé, con gesto huraño—. Vicky, después..., después bebimos algo y salimos del Paradise.

—Exacto. Sigue. Hasta ahora lo estás reconstruyendo todo muy bien. Lo que me pregunto yo es qué pretendes probar con todo ello.

—Pretendo probarme a mí mismo que no estoy loco, drogado ni borracho.

—Adelante, pues —sonrió ella—. De paso pruébame a mí también. Después de oírte decir antes todas esas atrocidades, es lógico que dude un poco de tu equilibrio, ¿no?

—El que duda de todo soy yo. Incluso de ti, Vicky.

—Adelante. Termina la historia de anoche.

—Es simple. Nos íbamos a despedir. Te ausentaste para volver

enseguida y cambiar de idea.

—¿Qué? —se extrañó Vicky.

—Cambiate de idea. Al volver me pediste que te llevara a tu casa. Me diste tu dirección. Te llevé. Y me hiciste quedar allí toda la noche.

—¡Keith! —se escandalizó—. Pero, ¿qué estás diciendo?

—Lo que oyes, Vicky. Y lo sabes muy bien. Luego algo me ocurrió. Me... me debí dormir, o me drogaron o algo por el estilo. Al volver en mí... estabas... estabas... muerta.

—Keith, por Dios... ¿Te has vuelto loco?

—Estabas allí. Con el cuello hendido por un vaso roto...

—Keith, te hicieron ver eso. Las drogas psicodélicas, manejadas por ciertas personas en dosis elevadas, pueden provocar un caos mental. Eso debió ocurrirte.

—No, no es eso lo que me ocurrió —le mostré la palma de mi mano—. Mira esos cortes. Me los produje con los vidrios del vaso que sirvió para... para degollarte, Vicky.

—Mira mi cuello —me lo mostró, alzando la cabeza, y sentí un escalofrío—. No tengo nada, ¿verdad?

—No, nada —convine—. Ni una señal.

—Entonces..., ¿a qué hablar tonterías así? No discuto que te hicieran ver lo que quisieran e incluso que pudieses haberte herido, y relacionaras eso con el supuesto crimen en tus sueños provocados artificialmente. Pero eso sería todo.

—Vicky, no fue alucinación. Yo mismo..., yo mismo transporté el cadáver. Tu cadáver.

—Imposible —rio ella, aunque su gesto seguía siendo grave.

—Ven conmigo —pedí—. Alquilaré otro coche. El mío de ayer quedó inservible.

—¿Por qué? ¿Sufriste algún accidente?

—El accidente lo hubiera sufrido de no perder el coche —dije, sarcástico—. Ven, iremos juntos a cierto lugar de Londres. Allí vas a convencerte de una vez por todas. ¿Estás conforme?

—No me has dicho aún adonde me llevas ni para qué...

—Te llevo a presencia del cadáver que oculté, Vicky. ¿Eso te convencerá cuando te veas a ti misma?

—Creo que es una posibilidad muy difícil, pero en fin... —se encogió de hombros—. Vamos allá. Así serás tú quien se convenza

de lo contrario, Keith.

Y confieso que, interiormente, tuve miedo de que así fuese. Hablaba Vicky tan segura de sí... Además, era ella. De eso no había duda. Era ella, tal y como la conocí la noche anterior.

Pero no podía ser ella. Eso rompía todas las leyes naturales, todos los límites de la razón. Si de algo estaba seguro, es que el traslado del cadáver no fue ningún efecto de la droga. Y sin embargo, ¿cómo era esto posible?

—Imagino que no tienes ninguna hermana gemela —aventuré, pensativo.

—No —negó ella, riendo—. No la tengo, es cierto. Ni siquiera una hermana sin ser gemela. Esa explicación sería muy cómoda para ambos, pero no sirve.

—Me lo temía —gemí, preocupado.

Alquilé un coche sin chófer, el segundo desde que estaba en Londres. Los gastos serían para Thorold Kenneth, el millonario de Nueva York.

Subimos Londres hacia el norte, pero antes de llegar a Camden Town, nos desviamos de la ruta tomando por el camino de Euston. Dejamos a un lado la estación ferroviaria, cruzamos Cardington y llegamos a unos apartaderos ferroviarios donde si alineaban vagones de mercancías frente a los andenes de carga y descarga.

—Ahí es —dije.

—¿Qué viniste a hacer aquí, Keith? —se interesó ella.

—Vine a ocultar un cadáver.

—¿El mío? —había un cierto tono de mofa en su voz, aunque mezclado con cierta duda inquietante.

—Sí —aseguré, sin miedo al ridículo—. El tuyo, Vicky.

Detuve el coche en el mismo solitario lugar, tras unas vallas, donde lo hiciera la noche antes al deshacerme del cuerpo de Vicky Greer. Era extraño volver allí, llevando ahora a Vicky Greer a mi lado. Y llena de vida.

Alcanzamos una hilera de vagones y un apartadero en desuso. Pasamos por las vías, dejando atrás los vagones, subimos al andén de aquel apartadero y abrí una chirriante puerta metálica.

—Ahí dentro —dije—. Hay una serie de fardos y unas telas de sacos... Levanta esos sacos, Vicky Tú misma me dirás lo que ves...

Entramos. Di luz con mi encendedor. Ella, más práctica, abrió su

monedero. Extrajo un llavero con una pequeña lámpara eléctrica, que asestó sobre el lugar indicado, tras los fardos.

Se inclinó, muy lentamente. Alzó las telas. Yo giré la cabeza, evitando mirar. Esperé su grito de horror.

No ocurrió nada. Me volví otra vez hacia ella, sorprendido.

—¿Qué te ocurre? —pregunté—. ¿No te impresiona?

—¿Por qué habría de impresionarme? —dijo—. Ahí no hay nada.

* * *

Era verdad.

Solamente tela de sacos. Sacos que cubrieron algo, pero que no cubrían ya nada. El suelo polvoriento.

Y ni rastro de la bolsa de plástico ni de su macabro contenido.

Me sentí desorientado. Vacilé, confuso.

—No puede ser... —gemí—. Estaba ahí. Era ella... Eras tú.

—Te dije que eso era imposible, Keith —sonrió—. Y es imposible. No me has demostrado otra cosa que los efectos de una droga poderosa de tipo psicodélico. La LSD, el jugo de peyote o lo que sea. Pero nada real, ciertamente.

—Nada real... —murmuré, llevándome las manos a las sienes—. Oh, es para enloquecer...

Recorrí el lugar. No había nada de nada. Ni huellas de que hubiese estado allí alguna vez. En otras circunstancias, eso hubiera sido muy confortante para mí. Ahora me producía escalofríos. Me asustaba, como asusta siempre aquello que no se entiende...

—Vamos ya, Keith —me pidió ella, poniendo su mano en mi brazo, con calor, con afecto—. Todo tendrá una explicación, estoy segura. Pero es mejor que nos marchemos de aquí. No es un sitio agradable.

Me dejé llevar como un niño. Salimos al exterior, salvamos el andén en desuso, saltamos a las vías...

Inmediatamente nos envolvió la luz deslumbrante de los faros. Vicky gritó entre dientes, alarmada. Yo me quedé parpadeando, ciego ante el chorro de luz que nos inundaba.

—Es mejor que no se muevan —avisó una voz—. No nos obliguen a disparar.

Naturalmente no nos movimos.

* * *

—Bien, señor Darrell —habló calmadamente el superintendente Musgrave, contemplándonos con expresión taciturna, hosca—. ¿Va a contarme ahora toda la historia?

—No sé de qué me habla —protesté, muy tranquilo.

—Vamos, vamos —cortó el policía inglés con irritación—. No pierda su tiempo ni nos haga perder el nuestro. Fueron cogidos in fraganti. Ambos estaban allí, y tienen que explicar eso convincentemente. Desde luego, la señorita Greer explicó ya su versión de los hechos. Según ella, usted la llevó allí para I mostrarle algo, ¿no es cierto?

—Sí, superintendente, bien cierto. Eso es lo que hice. Ella no sabe nada de todo esto, de modo que no la complique.

—Es usted el que está complicado y muy a fondo —me avisó con dureza el policía—. Es a usted a quien interrogo, no a ella. ¿Para qué la llevó a aquel apartadero ferroviario?

—Quería mostrarle algo.

—¿No será más bien que quería usted tenerla allí, a solas en semejante lugar para asesinarla?

—Oh, superintendente, ¿tengo aspecto de asesino?

—De todos los que conocí en mi vida profesional, muy pocos tenían realmente aspecto de asesinos. Eso que dijo no es una respuesta. Usted llevó allí Vicky Greer para asesinarla.

—¡No! —aullé.

—No grite. No va a tener más razón por eso. Dígame, ¿qué fue a enseñarle a ella en aquel sitio?

Apreté los labios. Si revelaba eso, aún sería peor, por otro lado, me preguntaba qué hacía la policía en aquel punto. Era como si hubieran estado esperándonos a ambos.

—Me niego a contestar —dije bruscamente.

—Eso es otra estupidez. Hablando ganará más que callando. Aquí hay muchas cosas que no entiendo. Si usted asegura que llevó a esa joven allí sin ánimo de hacerle daño, y sólo para mostrarle algo especial, dígame, al menos, qué era ese algo.

—No tengo por qué decirlo.

—¿No será que no quiere decirlo para no comprometerse más?
—rió Musgrave.

Le miré, preocupado. El soltó una leve risa acusadora. Y asintió luego.

—¿Por qué cree que estábamos allí esperándole, Darrell? —habló el policía—. Estaba seguro de que el culpable volvería. Lo hacen siempre.

—¿El culpable? —murmuré.

—Sí, Darrell. Encontramos el cadáver.

Me incorporé de un salto. Casi grité otra vez:

—¡Cielos, no! ¡No es posible!

—Vaya si lo es. Podrá verlo cuando desee. Por eso tendimos allí la red, esperando cazar pronto la pieza. Aunque confieso que todo fue más rápido de lo previsible.

—Usted..., usted encontró el cadáver...

—Exactamente. En una bolsa de plástico. Degollado. ¿No es así como ocurrió?

—Sí... —balbuceé—. Pero entonces..., entonces Vicky Greer... Yo llegué a pensar que, realmente, lo había soñado o imaginado. Pero era realmente el cadáver de Vicky Greer...

—Por lo menos parecía el cadáver de Vicky Greer —asintió sonriente el superintendente Musgrave, cuyos ojos graves se mantenían fijos en Darrell—. Y, ciertamente, lo hubiese sido para todo el mundo, de no observar el forense la anomalía.

—¿Anomalía? ¿Qué anomalía?

—Los cortes que ocultaba el tajo mortal... Huellas de una intervención quirúrgica de tipo facial. Ya sabe, cirugía plástica...

—¿Eh? —miré asombrado al superintendente—. ¿Cirugía facial?

—Sí. A esa chica le hicieron un rostro a su gusto. Eso se hizo muchas veces en Hollywood, para «prefabricar» estrellas de cine. La mujer a quien usted mató, Darrell, no era Vicky Greer, sino una mujer de igual figura, edad aproximada y... rostro alterado, hasta parecerse tanto a Vicky Greer que un maquillaje adecuado bastaría para darle ese aire idéntico a ella, a primera vista, e incluso difícil de descubrir por quienes la conocieran. En suma, Darrell, si realmente quiso matar a Vicky Greer, equivocó su víctima en la primera ocasión. Si lo que hizo fue matar a la mujer que pretendía ser Vicky Greer, tendrá que explicarme muchas más cosas. Y, sobre todo, qué significa esa operación facial y por qué se hizo, para dar una falsa personalidad a una mujer.

Yo hubiera querido responderle a eso, ciertamente. Pero creo que estaba tan poco capacitado para ello como él mismo.

—¿Va a acusarme formalmente de homicidio? —pregunté, muy serio, al superintendente Musgrave, de Scotland Yard.

—Desde luego, Darrell —afirmó, con la solemnidad de los funcionarios británicos.

—Bien —suspiré—. Entonces, no habrá ya otro remedio...

Me miró, ceñudo, receloso.

—No habrá otro remedio, ¿para qué? —quiso saber.

—Superintendente, tendré que decirle quién soy yo... —hablé despacio—. Eso es lo que no hay otro remedio que afrontar, aunque hubiese preferido guardar el secreto.

—¿Qué secreto?

Me incliné, con una profunda inspiración de aire. Solté mi zapato, bajo la curiosa y alerta mirada del policía. Giré el tacón. De su interior, extraje un sobrecito de materia plástica, herméticamente cerrado. Lo tendí a Musgrave.

—Lea eso que hay dentro —dije—. Entonces comprenderá.

Lo hizo. Abrió el sobrecito, y extrajo una pequeña pieza plastificada, con mi fotografía y una serie de datos sobre cartulina amarilla.

Al final, con gesto de asombro y desorientación, me devolvió aquello.

—Entiendo —dijo, despacio—. Usted, el sospechoso de asesinato, el aventurero americano a quien yo vigilaba..., resulta ser miembro especial del FBI, adscrito a la División de Contraespionaje de Estados Unidos...

—Exacto —asentí con calma.

Capítulo VI

MISIÓN SECRETA

—**E**SPERO que nos explique eso claramente, Darrell.

Afirmé, mirando al superintendente Musgrave, y luego al importante funcionario del Intelligence Service británico, *sir* Shelby Powell, a quien creo que se conoce en su departamento con el único sobrenombre de una letra: Q.

El «señor Q» del Servicio Secreto inglés era como cualquier otro jefe de sección secreta de aquel importante departamento al servicio de Su Majestad. Toda personalidad clave dentro del sistema llevaba una letra como distintivo único, por medidas estrictas de seguridad.

Para mí, como miembro especial del FBI en misión de contraespionaje en un país extranjero, pero amigo, se presentaba con su auténtica identidad de *sir* Shelby Powell.

—La explicación es compleja —comencé—. Pero puedo exponerles a grandes rasgos la naturaleza de mi extraña misión en Londres en estos momentos.

—Supongo que no afectará directamente a nuestras propias medidas de seguridad...

—No, no, *sir* Shelby. Es todo genuinamente americano. Sólo que la clave está en Londres, y mucho me temo que cada vez más difícil

de hallar.

—¿Qué o quién es la clave?

—Sharon.

—¿Sharon?

—Un nombre de mujer, sí.

—Explíquese, por favor... No parece estar muy claro todo eso.

¿O sí lo está?

—Lo estará cuando se lo refiera. En cierto sentido, claro. Si todo estuviese resuelto, yo nada haría ahora en Londres.

—Tengo entendido que le envió Thorold Kenneth, el famoso millonario y prohombre político de su país...

—Eso es cierto. Pero sólo forma una parte de la verdad. La otra parte, la más importante para mí y para ustedes, es que, aun sin enviarme Kenneth, yo estaría ahora aquí buscando lo mismo que busco: a una mujer llamada Sharon...

—Sharon es la hija de Kenneth, ¿no es cierto? —terció el superintendente.

—Sí. Hija de su primer matrimonio. La muchacha se evadió del hogar y de Estados Unidos hace años. Su padre no trató de recuperarla por vía legal, para evitarle problemas con su madrastra y también para, en cierto modo, evitárselos él mismo con su nueva familia.

—Entiendo. Es una historia vieja como el mundo. Las segundas nupcias y todo eso...

—Sí, eso es. Ni siquiera los multimillonarios se libran de eso. Sharon no quiso ser la víctima, y se vino a Europa. Actualmente, ni siquiera utiliza el nombre de Sharon ni su personalidad real.

—¿Por qué motivo, Darrell?

—Vayamos por partes —suspiré, pensativo—. Ustedes parecen muy extrañados de que yo, un aventurero, un ex detective privado, sea en realidad agente especial al servicio del FBI, en misiones de contraespionaje.

—Pues sí, confieso que sí —gruñó el superintendente Musgrave—. La verdad es que no actúa usted como un agente federal al servicio de su país.

—Si actuase de ese modo, sería inútil como miembro de una sección secreta de la Oficina Federal de Investigación —reí—. Lo importante es mantener oculta mi auténtica personalidad, y

aparentar ser un americano falto de escrúpulos, trotamundos y capaz de todo por dinero.

—Aún dudo de que, realmente, no lo sea —masculló el policía, ante la risa irónica de *sir* Shelby—. Interpreta demasiado bien su papel.

—Gracias, superintendente —aceptó Keith, riendo—. Eso me halaga. Sé que lo hago lo mejor posible, y eso es lo que me mantiene en mi puesto. Ellos confían realmente en mí, no le quepa duda. Porque saben que soy bastante buen actor. Además, a veces, no necesito fingir. Fui realmente un detective privado, aunque no un desaprensivo. El FBI estudió mi historial. Supo que soy un poco cínico y desenfadado, pero eso es todo. El resto formó parte de la ficción.

—¿Cargó las tintas de su papel?

—Exacto. Un día recibí la proposición del FBI a través de un viejo amigo, inspector-instructor en Quantico. Me ofrecían un cargo en una sección secreta del FBI, dedicada al contraespionaje. Acepté, tras mucho pensarlo. Debía fingir que perdía mi puesto de detective privado, al serme cancelada la licencia por supuestas inmoralidades y actuación en turbios asuntos de espionaje. Eso formaba parte del plan. Un tiempo estuve fuera de circulación. Nadie supo dónde. Me hubieran podido encontrar en la Reserva Naval de Quantico, ejercitándome para ser un auténtico federal y obtener secretamente mi título. No me costó mucho tiempo.

—Y de modo estrictamente secreto, se hizo policía federal.

—Exacto. Con una labor definida, dentro de las tareas encomendadas globalmente a la División de Seguridad Nacional. Era un ex detective, con mala fama, y eso podría llevarme a que alguien confiara en mí y me permitiera filtrarme en alguna célula de enemigos de nuestro país y de nuestra causa.

—No se puede decir que precisamente tuviera éxito en eso. Si Thorold Kenneth fuese un enemigo de Estados Unidos y de la causa occidental, habría que dudar incluso de la reina de Inglaterra —comentó *sir* Shelby Powell, ceñudo.

—Thorold Kenneth está fuera de toda sospecha en ese terreno —acepté suavemente, acomodándome mejor en mi asiento de aquel despacho de New Scotland Yard—. Pero no así Sharon.

—Sharon... ¿Qué papel representa ella en todo esto?

—Muy complejo y oscuro todavía. La verdad es que sabemos demasiado poco de ella para sentirnos seguros de nada. Pero el FBI está haciendo tiempo tras de su pista. Y todo por causa de un hombre: el doctor Casey Moss.

—¿Quién? —saltó vivamente *sir* Shelby.

—El doctor Moss. Casey Moss, un genio de la cirugía plástica. Fue él quien alteró su rostro, salvándolo del horror de sus quemaduras hace algún tiempo ya...

—He oído hablar de Casey Moss —asintió el miembro del Servicio de Inteligencia de Su Majestad—. Un notable cirujano de prestigio mundial. Un ciudadano inglés que nos honra en congresos y en experiencias científicas con el bisturí. Pero, ¿qué papel le asignan ustedes a nuestro doctor Moss?

Sonreí, haciendo un gesto vago.

—Ya les dije que es mucho lo que ignoramos. El doctor Moss es hombre rico y que ha viajado mucho. Estuvo en Oriente largas temporadas, y allí perfeccionó su técnica quirúrgica. Se dice que en algún lugar de la China continental aprendió nuevas técnicas de algún eminente cirujano chino. Ignoramos si eso es cierto, pero sí es auténtico que el doctor Casey Moss, además de experto en cirugía facial hasta límites increíbles, es asimismo un excelente «guía psicodélico», que conduce sesiones de drogados con LSD-25. Es un hábil iniciador en esas técnicas de las drogas psicodélicas, y se supone que él llevó a Sharon Kenneth a ese mundo de Soho, donde el LSD y otros productos alucinógenos son manejados, no siempre con total claridad ni con motivos concretos y limpios.

—¿Cree que los conduce a algo de tipo inmoral realmente? —se inquietó el superintendente, con un puritanismo eminentemente británico.

—Creo que llega a algo peor —sonreí.

—¿Peor? —pestañeó el policía, que sin duda no concebía nada peor que atentar contra la moral en una u otra forma.

—Superintendente, el FBI sospecha que ese mundo de alucinógenos en que se mueve el doctor Moss es en realidad su mejor ambiente, su vehículo real para crear adeptos.

—¿Adeptos? ¿A qué? ¿A la droga?

—A la droga en sí, ya los ha convertido él previamente en adeptos. Luego, progresivamente, va elevando el grado de sus

experiencias, siempre como experto y sereno guía de todos ellos, hasta los límites que realmente le convienen. En suma: les inculca en su mente, aprovechando ese «trance» en que la imaginación del iniciado se halla alterada por la droga, a ver las cosas bajo nuevos prismas, a mantener nuevos conceptos y, en suma, a variar de forma radical su sensibilidad y su espíritu.

—Increíble. Casi como el hipnotismo.

—Casi —reí—. Sólo que para la hipnosis hay que ser realmente un experto en ella, y poseer, además, capacidad magnética de influencia en los demás. Ese no es, exactamente, el caso de nuestro doctor Moss, que ha resuelto seguir el camino de los alucinógenos, más simple y fácil, sobre todo si las dosis de drogas psicodélicas se emplean en la adecuada medida, sin cometer errores graves por exceso o por defecto.

—En resumen, el doctor Moss utiliza esas drogas para cambiar el modo de ser de sus discípulos. —suspiró *sir* Shelby Powell—. Pero llegamos, amigo Darrell, a la pregunta clave de la cuestión: ¿Por qué lo hace y con qué finalidad? ¿En qué sentido altera su mentalidad, para ser exactos? ¿Qué logra con ello y qué hace de sus discípulos psicodélicos?

—Un ejército paulatino, seguro y fiel de servidores capaces de reaccionar y pensar como él quiera.

—¿Autómatas?

—No, eso no. La droga permite al paciente pensar por sí mismo, obrar normalmente. Pero sujeto a una nueva forma de ver las cosas. No reciben órdenes en apariencia. Simplemente, vuelven en sí de la acción de la droga, «viendo» las cosas como el doctor Moss quiere que las vean. De un modo inconsciente, pero sólido.

—Según eso, puede convertirlos a todos en delincuentes.

—Ya hay quien lo hace, manejando peyote, LSD o cualquier otra droga capaz de anular la voluntad del individuo. En este caso, la voluntad no se anula. Se «moldea», para ser exactos.

—¿Y no hace delincuentes de ellos? —dudó el superintendente.

—No.

—¿Qué, entonces? —quiso saber.

No le respondí yo. No fue preciso. El propio *sir* Shelby lo hizo por mí, ya que había captado, sin duda, mis pensamientos.

—Espías —dijo, rotundo.

Asentí, ante el gesto sorprendido e inquieto del policía inglés.

—Sí —admití—. Espías. Al servicio suyo. Pero..., ¿al servicio de quién está él?

No me contestaron. No podían saberlo. Tampoco lo sabía yo. Pero creo que todos lo intuíamos, lo sospechábamos en el fondo.

* * *

—Espías... ¿Eso lo explica todo, Keith?

Ese diálogo ya era distinto. Más difícil. Más erizado de problemas también. A fin de cuentas, yo no quería fiarme de nadie. Ni siquiera de Vicky Greer. La Vicky Greer viva y rebosante de vitalidad y atractivos, que me miraba con ojos asombrados.

—Bueno, eso aún no explica casi nada —suspiré—. Pero es la pista, el indicio. El hilo que, tal vez, desenrede la madeja. Si es que se desenreda.

—No conozco apenas al doctor Casey Moss —habló Vicky, encogiéndose de hombros—. Lo vi unas cuantas veces en el Pop, en el In-Inn (1), en el propio Paradise... Sé que es un buen guía psicodélico, pero eso es todo. También oí que es una eminencia en cirugía plástica. Muchas grandes figuras del cine mundial lo saben por propia experiencia, pero, ¿qué sentido tiene todo eso, y en qué lo relacionarías conmigo, con ese asesinato, con esa mujer idéntica a mí?

(1) Juego de palabras a base de la palabra “in”, muy de actualidad al aludir a las corrientes juveniles, unida a la palabra “inn”, que significa posada, mesón u hostelería. (N. del A.)

—Nada más fácil para un cirujano de su clase que tomar a una muchacha ligeramente parecida a otra, tratar sus facciones debidamente y, con el bisturí y su asombrosa técnica operatoria, lograr la maravilla de crear un rostro artificioso, idéntico al tuyo propio o al de cualquier otra persona que proyecte duplicar.

—¿Lo haría como un alarde o como un experimento?

—Quizá ambas cosas a la vez —comenté, pensativo—. De cualquier modo, lo hizo. No sabemos quién era la chica. Tal vez Scotland Yard lo llegue a averiguar a través de sus huellas dactilares, pero es obvio que hizo un «doble» perfecto tuyo, Vicky. Y que eso no es ningún prodigio, sino la obra de un hombre experto en su especialidad, y que ha asimilado técnicas desconocidas por

otros cirujanos de su misma clase.

—Pero ella murió... Fue asesinada...

—Tal vez algo no resultó como ellos esperaban. Y hubo que eliminar a la falsa Vicky.

—Sigo sin entenderlo... Precisamente yo... No tengo importancia alguna, no soy nadie especial, sólo una chica corriente, que vive su propia vida...

—Vicky, has dicho que tú no ocupas ninguna residencia lujosa al norte de Londres.

—¡Claro que no! Vivo aquí cerca, en el propio Soho...

—Lo imaginaba —arrugué el ceño—. Allí vivía la falsa Vicky. Era su casa, no la tuya. Una casa así cuesta dinero. Mucho dinero. Posiblemente lo ganaba con facilidad.

—Oh, si es cierto lo que me has contado sobre tu relación con ella, eso es obvio —dijo ella, sarcástica.

—No me refería a eso. No hablaba en ese sentido, sino en otro muy diferente.

—¿Espía?

—Puede ser. Una de las iniciadas de Casey Moss. Una agente al servicio de algo o de alguien, de un partido, una ideología o un país...

—Pero Keith, ¿por qué no intervenir contra Moss y su gente?

—No es posible. No hay pruebas. Estoy hablando de simples conjeturas, Vicky. Nada hay de cierto en todo eso como para llevarlo a un tribunal en condición de evidencia contra Moss. Él es importante, prestigioso, universal... No, no se le puede acusar públicamente sin tener algo muy sólido para empezar...

—¿Crees que él hizo matar a... a mi «doble»?

—Es evidente, sí.

—¿Por qué la puso en tu camino al marcharme yo? —se sorprendió Vicky Greer.

—No sé. Pudo hacer un simple experimento, o quería sonsacarme algo, porque sospechaba de mí.

—¿Te sonsacó?

—No lo sé. Utilizaron una droga contra mí. Posiblemente, la propia LSD, en dosis reducida, mezclándola con la bebida o algo parecido. Ignoro si, aparte ver ilusiones extrañas, pude hablar, revelar algo, pese a que antes de iniciarme en estas tareas he

aprendido a dominar mi inconsciencia, a controlar mis ideas, aun sin estar despierto y dueño de mi voluntad. Pero las drogas psicodélicas tienen aplicaciones que yo mismo ignoro, sobre todo cuando las maneja alguien experto como el doctor Moss.

—Hay demasiados misterios todavía —suspiró ella.

—Sí, demasiados —la miré fijamente—. Tú misma podrías ser uno de esos misterios, sin yo saberlo.

—¿Yo? —se sobresaltó, mirándome con ojos muy abiertos.

—Tú, Vicky. Aún ignoro si, realmente, Vicky eres tú... o era ella.

—Keith, no puedes hablar así...

—Lo siento. Tengo que sospechar de todos. Ya te dije que las cosas distaban mucho de estar claras. Cuanto más se analizan, más confusas y extrañas resultan en su conjunto.

—¿Esperas conseguir realmente algo, Keith?

—Espero conseguirlo todo. Para eso estoy aquí, en Londres. Kenneth piensa que actúo por su dinero, y bien está que lo crea.

—¿Vas a seguir representando tu papel?

—¿Por qué no? Sólo la policía y tú misma lo conocéis.

—Si, como dices, fuese yo un enemigo tuyo, al servicio de ese doctor Moss, ¿crees que te sería ya útil tu secreto?

—Evidentemente, no —reí—. Por eso pienso vigilarte estrechamente, muy de cerca. Y si descubro algo sospechoso, si ellos averiguan de mí más de lo que es normal que puedan descubrir por sus propios medios..., lamentaré tener que sospechar, en primer lugar, de tu persona.

—Keith, eres cruel. Sigues sospechando que yo pueda ser culpable de algo inconfesable, de algo indigno.

—Después de todo, poco es lo que te conozco, pequeña —suspiré—. Llegué a Londres, te vi en el Paradise, bailamos juntos... Ahí terminó la amistad. Ni siquiera hubo otra cosa, porque entonces ya no eras tú, sino la otra Vicky Greer...

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Continuar adelante. Alguien me vigilaba cuando estaba en casa de la falsa Vicky. Me seguían vigilando cuando salí con el cadáver. Y avisaron a la policía. Así se enteró el superintendente Musgrave del lugar donde yo había dejado el cuerpo. Es la razón de que nos esperase oculto allí, con los agentes a su mando.

—¿Crees que todo es obra de Moss?

—Debe serlo, Vicky —asentí—. Él me envió a la falsa Vicky, él la hizo asesinar cuando llegó el momento, por razones que aún no entiendo. Y él esperó mis reacciones ante el crimen, al acecho de lo que pudiera ocurrir...

—No entiendo nada de nada. Es demasiado complejo para mí.

—No me importaría que no lo entendieras —dije, animoso—. Eso demostraría que, realmente, nada sabes de todo este conflicto, pequeña. Pero debo dudar de ti. Lo siento. Debo dudar de muchas cosas. ¿Fuiste tú o fue ella quien me dijo que conocía a Sharon y sabía cuál era su actual personalidad?

—Debió ser ella —habló Vicky, lentamente—. Yo no te dije nada de Sharon, porque nada sé de esa mujer, salvo lo que tú has contado.

—Resulta curioso. Su padre la busca, y el FBI, también. Quizá Casey Moss sea el único que pueda decirnos dónde está... y qué personalidad adopta actualmente.

—¿Existe realmente Sharon?

—No lo sé. Debo suponer que sí, que existe en alguna parte, sea donde sea —dije, con lentitud—. También a mí me gustaría saber dónde, créeme.

—¿Por el dinero de Kenneth?

—No. Por el FBI. Por mi misión en Londres.

—¿Qué papel representaría Sharon en todo esto?

—Lo ignoro. Según su padre, el de una muchacha que quiere vivir su vida, lejos de la poderosa y rica familia a la que pertenece por derecho propio. Según el FBI, el de una joven audaz y sometida a influencias extrañas, que puede significar un grave peligro para su país, para su familia y para todos nosotros, puesto que sirve secretamente a una potencia enemiga.

—¿Crees en esa última versión de los hechos?

—No sé... Sinceramente, Vicky, no sé qué creer. Lo que sí puedo asegurarte es que, sea ello lo que sea, Sharon es la clave. Y es preciso hallarla...

—¿Te puedo ayudar?

—Tal vez sí —la miré fijamente—. Sí, Vicky, es posible que puedas hacerlo...

Capítulo VII

SHARON

EL POP era un local delirante.

Creo que nunca había visto nada más realmente deslumbrante, enloquecedor y divertido. En pleno Soho, en el corazón del mundo joven de los hippys y de la psicodelia, el Pop era un increíble lugar de colores rabiosos, fulgurantes, de música *in*, que sonaba de modo incesante; de gentes de ambos sexos, jóvenes y despreocupados todos, escuchando música, bailando, hablando o meditando.

Vicky se detuvo junto al mostrador. Me señaló al fondo, a una larga mesa llena de jóvenes melenudos y muchachas con las minifaldas más «mini» del mundo.

—Allí —dijo Vicky—. Aquellas dos son. Cindy Jones y Vanessa Turner.

Miré a Cindy Jones y a Vanessa Turner.

Eran famosas en el mundo pop de Soho. Una de ellas había llegado a grabar canciones de moda. La otra llevaba los conjuntos más increíbles y originales, en la línea revolucionaria del femenino vestir del momento.

Morena Vanessa Turner, y pelirroja Cindy Jones. Un pelirrojo deslumbrante, como los colores de la sala. Un moreno negro,

intenso, casi azulado, el de Vanessa Turner, cuyo vestido verde, de pantalones amplísimos, a la moda inglesa de última hora, encajaba perfectamente con su piel oscura, bronceada, y sus relampagueantes ojos, tan negros como su lustroso cabello largo.

Cindy Jones, la cantante aficionada, capaz de llegar a ser promocionada por The Apple y los Beatles, se acompañaba de una guitarra clásica española, para canturrear una letra entre melancólica y agresiva, como la de cualquier otra canción en boga.

—Las dos llevan tiempo en estos lugares. Y ambas aseguran ser inglesas, pero eso no es cierto. Su acento es americano, aunque muy disimulado. De modo que por ese lado, ya mienten, no sé si por simples motivos de *snobismo* o porque realmente alguna de ellas necesita mentir al respecto. Me dijiste que te mostrase a las chicas más peculiares de Soho. Ahí tienes a dos de ellas.

Le di las gracias a Vicky. Avancé hacia la mesa de las dos bellas minifalderas de Soho. Vanessa me miró con indiferencia. Cindy Jones me sonrió por encima de la guitarra.

—Hola, chicas —saludé fríamente.

—Hola —respondió Cindy.

—¿Qué hay? —añadió Vanessa—. Tú no eres de por aquí.

—No. Soy irlandés.

—¿Irlandés? Creí que eras americano —dudó la morena Vanessa.

—Bueno, nací en América, aunque mi sangre sea irlandesa. Busco a una compatriota.

—¿Una americana? —la mirada azul de Cindy se clavó en mí—. No hay aquí ninguna. Todas somos inglesas.

—Me gustáis todas. Es que busco a una mujer en particular. Una, ¿entendéis?

—Claro —bostezó Vanessa, aburrida—. Buscas a una chica determinada. ¿Tu novia?

—No.

—¿Tu amante? —rio Cindy.

—Menos —rechacé.

—Entonces, ¿para qué la buscas?

—Ella sabe para qué. También yo. Se llama Sharon.

Cambiaron una mirada entre sí.

—Sharon... —meditó Cindy—. Bonito nombre.

—«Sharon, mujer de nombre misterioso» —recitó burlona Vanessa. Sacudió luego la cabeza—. No, no la conozco. Nunca oí hablar de ella.

—¿Tú tampoco? —indagué de Cindy.

—Si me hablaron de Sharon, no lo recuerdo.

—Entiendo —suspiré. Me incliné sobre ellas. Tomé a Cindy por el rostro, y ella se dejó. Acerqué mi boca a la suya, la besé, y ella se dejó. Tiré de su pelo y ella se quejó, pero sin retirarse. Examiné sus raíces.

—Morena —dije—. Eres morena. Vas teñida de rojo.

—¿Tiene algo de malo? —me sacó la lengua, burlona.

—No. —me volví a Vanessa. No necesité mirarla mucho, ni siquiera tirar de su pelo—. También tú vas teñida. ¿Eres pelirroja acaso?

—¿Qué diablos te importa a ti? —se irritó ella—. Sí, soy pelirroja. Pero no me gusta. Prefiero el color moreno. ¿Por qué te metes en esto, amigo yanqui?

—Te dije que mi sangre es irlandesa —reí. Miré a ambas y sacudí la cabeza—. Una morena se tiñe de rojo. Una pelirroja usa tinte negro... Las mujeres sois un misterio todas. No os entiendo.

—Vete al diablo —rezongó Vanessa—. Nadie te dio vela en este entierro, irlandés, americano o lo que quiera que seas.

—Busco a una pelirroja americana —dije—. Se llama Sharon, pero se hace llamar de otro modo. Si sabéis quién es, decidle que yo, Keith Darrell, la busco. Y que es importante que la encuentre...

—No te hagas ilusiones —canturreó a la guitarra Cindy Jones—. Ya te dije que no conocemos a ninguna Sharon. Adiós, amigo...

Me retiré, malhumorado. Perdía el tiempo con ellas. Vicky sonrió, al verme llegar.

—¿Agresivas? —preguntó.

—No mucho.

—¿Sabían algo?

—Tanto como tú.

—Debe ser difícil dar con Sharon. Tu chica es un problema.

—Evidentemente, lo es —admití, ceñudo—. Y no sé por qué creo que hace falta encontrarla pronto.

—¿Por qué?

—Es posible que Sharon haya sido instrumento de esa gente

durante mucho tiempo. Y es posible también que empiece a cansarse o a sentir miedo. Si es así, su vida podría peligrar...

—¿A manos de sus propios aliados?

—En efecto. A manos de ellos. Ya viste a la falsa Vicky. Ella era del grupo. Y la degollaron sin contemplaciones.

—Debe ser una gente terrible —tembló ella, preocupada.

—Y tan terrible. Thorold Kenneth busca su hija para recuperarla. Yo, para saber a través de ella lo que realmente está sucediendo. Si Sharon se oculta de todos, es posible que haya terceras personas buscándola. Personas que quieren aniquilarla...

—¿Vas a seguir buscando?

—Sí —suspiré—. Voy a seguir. Pero no creo que consiga nada...

* * *

Es una de las pocas cosas que acerté de lleno.

No encontré a Sharon.

Fue ella la que me encontró a mí.

Lo supe cuando llegué al hotel. El conserje me tendió mi llave. Y un sobre cerrado.

—Un mensaje para usted, señor Darrell —dijo.

Lo tomé. Abrí el sobre, camino del ascensor. Leí el texto que contenía:

«Darrell: Sé que me busca. Si quiere encontrarme, vaya esta noche a las doce al club Orange, en Soho. Me verá allí. Pero cuando yo quiera.

»Sharon.»

Eso era todo. Era suficiente. No sé cómo se había enterado, pero por fin Sharon Kenneth había dado señales de vida.

No era un fantasma. Existía. Aquella letra femenina, desigual, falseada intencionadamente, era la suya.

Si es que no se trataba de un cebo, de una trampa, de una emboscada dedicada a mí.

Pero debía correr el riesgo aun así.

Y lo corrí.

Esa noche, a las doce, estaba yo en el Orange de Soho, esperando a que Sharon diera señales de vida...

* * *

No se diferenciaba apenas nada del Pop, del Paradise y los

demás. Otro club *in*, en el corazón del Soho londinense. Igual público, igual música, igual decoración, con predominio fantasmal de colores anaranjados, desde el lívido al deslumbrante.

En aquel mundo rabioso y psicodélico, de muros decorados con espirales, elipses y figuras cósmicas, una mujer me había citado.

Sharon.

Por fin, Sharon en persona...

Consulté mi reloj, mientras tomaba un whisky con soda. Las doce menos diez minutos. Era puntual. Tenía una especie de tensión, provocada por la espera, por la seguridad de hallar pronto a Sharon. A la mujer de cuya existencia había llegado a dudar.

También ella fue puntual.

Justamente a las doce, se acercó a mí un camarero de cegador uniforme naranja. Se inclinó hacia mí, discreto.

—Le llaman al teléfono, señor —dijo—. ¿Es usted Keith Darrell?

—Claro. ¿Cómo lo supo?

—Bueno, me dieron sus datos por teléfono —rio—. La descripción coincide.

Miré a mi alrededor. Alguien me había observado, llamando luego por teléfono al local. Me pregunté si sería Sharon.

—Gracias —manifesté—. ¿Es una dama?

—Sí, es una dama —asintió el camarero—. Teléfono de la cabina tercera, en el vestíbulo.

Fui al hall del club. Las cabinas también eran de color calabaza anaranjado. Entré en la tercera cabina. Descolgué el teléfono.

—¿Qué hay? —pregunté.

—¿Darrell? —sonó una voz susurrante.

—Sí, yo soy.

—Habla Sharon.

—¡Sharon! ¿Usted?

—No levante la voz. Le espero.

—¿Dónde? La cita fue en este club...

—No sería discreto. Salga y tome su coche. Arranque a marcha lenta. Es todo.

—¿Dónde la encontraré?

—Usted haga lo que le digo. No hará falta más para que me encuentre.

Colgaron. Aunque hubiera querido protestar, nada hubiese

conseguido ya. Colgué a mi vez y, malhumorado, salí al exterior. Caminé hacia la salida, decididamente. Pisé la acera. El portero del club abría portezuelas a otros clientes que venían a conocer el mundo nocturno de los psicodélicos de Soho.

Caminé hasta mi coche. Subí a él. Lo puse en marcha. Rodé lento, alejándome del local *in*. Escudriñé la calle, a mi espalda, en busca de algún otro vehículo. No lo encontré.

Luego, de súbito, algo se apoyó en mi nuca. Otra vez ese algo frío, rígido y metálico, que tanto me irrita.

Una pistola automática, cuyas dimensiones no debían ser muy amplias.

—No se vuelva —siseó una voz apagada—. No mire por el retrovisor o disparo.

—¿Quién es? —pregunté.

—Sharon —y era evidente que, pese a su disimulado tono, era voz de mujer—. Sharon Kenneth en persona, Darrell.

—Sharon, usted... —me moví, pero me frenó un impulso duro en la nuca.

—¡No se mueva! —insistió, tajante.

—¿De veras sería capaz de matarme? —interrogué.

—Sería capaz de matar a cualquiera que quisiera tocarme.

—¿Por qué, Sharon? ¿Qué le ocurre? —no miré, pero capté un reflejo rojizo en el retrovisor. Era pelirroja. Volvía a ser pelirroja.

—No pregunte. Es difícil explicarlo. Nadie iba a creerme. Si acaso, solamente usted. Pero dudo que consiguiera nada. Mi versión de los hechos es un disparate enorme para cualquier persona sensata.

—Sharon, sea lo que sea, debe decirlo. Cualquier cosa antes de matar, de defenderse violentamente, de rehuir sus responsabilidades, sean cuales sean.

—No tengo miedo a nada ni a nadie. Solamente a una cosa, a una persona.

—¿Su madrastra, acaso?

—¿Mi madrastra? —se echó a reír—. No, no. Claro que no.

—¿Entonces...?

—No hablemos de eso. Es mejor dejarlo.

—Sharon, he venido a Londres a por usted.

—Lo sé. Pero se irá sin mí.

—¿Por qué ha querido entrevistarse conmigo, en ese caso?

—Porque tenía que hacerlo. Quiero disuadirle de su idea. Váyase ya. No hace sino complicar las cosas.

—Usted las complicó ya. Está junto al doctor Casey Moss en una conspiración extraña y oscura. ¿Qué busca? ¿Dinero?

—Dinero... Me bastaría con volver a mi país para tener más dinero del que nadie podría pagarme, usted lo sabe.

—Sí, pero no vuelve. ¿Por qué no, Sharon?

—Eso forma parte de la historia. Ande, sea un hombre sensato y déjeme. No logrará nada acorralándome, intentando llevarme con usted. Esta es la primera vez que nos vemos. Será la última también.

—No puede hacer eso. Se debe a su patria, a su familia, a su padre...

—Hermoso todo... —hubo un raro tono amargo y sarcástico en su voz—. Cielos, no entendería nunca, Darrell. Es mejor terminar de una vez. ¿De veras cree que trabajo para Casey Moss?

—El salvó su rostro, su belleza. ¿Por qué no pagarle así? Usted se droga con LSD. Y él es un guía experto en esas sesiones psicodélicas.

—Claro que lo es. Pero eso nada significa. Detesto a Casey Moss. Quiero verlo muerto.

—¡Sharon!

—Eso es suficiente. No añadiré más. Me urge alejarme. Prométame que no seguirá buscando, que va a dejar que viva en paz con mi nueva identidad, lejos de todo lo que más aborrezco.

—¿Aborrece a su familia?

—No entremos en detalles. Le pedí que no preguntase nada. Detenga el coche, Darrell.

—¿Se va ya?

—Sí, me voy. Hemos hablado lo suficiente.

—No me dijo nada, no sé nada...

—Usted tiene razón en eso, Darrell. Pero no puedo perder mi tiempo aquí. Sepa que Moss tiene un proyecto monstruoso, y que ya ha empezado a ponerlo en práctica. No sirve de nada intentar descubrirlo, porque su plan es diabólico y muy inteligente. Nos estrellaríamos todos en él. Ya ha visto de lo que son capaces. Han logrado que todo el mundo me crea una traidora, una enemiga de mi país, una espía.

—¿Y no es cierto?

—Créame, Darrell. El FBI se equivocó en eso. Nunca haría daño a mi patria. Pero no volveré jamás. Regresar allí sería ir a la muerte cierta.

—No la iban a condenar sin permitirle defenderse. Es un país libre, Sharon.

—Oh, no me refería a eso —rio ella, huecamente—. Hablaba de... de ellos.

—¿Ellos?

—Los pistoleros, los asalariados, los espías. Todos al servicio de Moss y de su plan. Todos al servicio, Moss incluido, de una potencia siniestra y astuta como pocas, que paga el gran plan.

—Sharon, tiene que revelarme algo más, decirme de qué se trata...

—No —negó ella. Vio, sin duda, que yo había detenido ya el coche. Capté el brillo de sus ojos en la sombra, a mi espalda dentro del coche. Luego, se movió—. Lo siento, Darrell. Tengo que actuar así.

La endiablada Sharon golpeaba fuerte. Su impacto con la culata del arma en mi nuca me derribó de bruces sobre el volante. Ella abrió la portezuela, mientras yo me debatía en el aturdimiento, el dolor y la inconsciencia. Huyó calle abajo, hacia un coche parado que se hallaba cerca de allí. Yo, turbia mi mirada, no podía hacer nada, salvo ver la figura que se alejaba, el fulgor rojo de las luces del alumbrado en su cabello...

Llegó al coche detenido en la calzada. Iba a subir a él cuando el segundo automóvil se paró, aullando sus frenos, junto al vehículo anterior. Las portezuelas se abrieron. Cuatro hombres corrieron a caer sobre la fugitiva pelirroja.

Al final logré vencer el aturdimiento, salté a la calle, corrí hacia el lugar donde Sharon estaba siendo reducida por los asaltantes...

El lugar, aparte nosotros mismos, aparecía totalmente desierto. Vi a Sharon caer en brazos de los hombres. Recibió un golpe y cayó a tierra, con un gemido. Yo busqué mi propia arma, lancé una imprecación...

Sin saber cómo, me vi atacado por otros tres sombras que emergían de un callejón inmediato. Uno me golpeó con la mano plana en mi muñeca derecha, alejándome la mano del arma, con

una rabiosa sensación de dolor. Otro aferró mi nuca y cuello en una llave brutal, y el tercero machacó mi hígado y mi estómago con unos nudillos de hierro aplicados a su mano.

Tosí, sentí náuseas, dolor, y empecé a perder el conocimiento.

Antes de desvanecerme por completo, lo último que vi borrosamente fue a Sharon Kenneth, introducida a viva fuerza en el coche, y una mancha roja, brillante, en medio del asfalto.

Su cabello. Una hermosa peluca roja...

Después, me hundí en la oscuridad.

Capítulo VIII

LA VERDAD

CUANDO me recuperé, tenía la cabeza como un torbellino, y las náuseas me golpeaban la boca de estómago como si fuesen culebras rabiosas.

Me moví en el asiento, comprobando que estaba fuertemente ligado a él, con tiras de ancha cinta adhesiva. Miré a mi alrededor.

—Mira, el federal ya volvió en sí —dijo alguien.

Dirigí una mirada a mis pies. El zapato derecho estaba arrancado del pie, y su tacón girado. Hablar encontrado mi credencial. Ahora ya no había engaño posible.

Los dos tipos armados que me guardaban me contemplaron despectivos. Uno de ellos se inclinó y pulsó el botón de un interfono.

—El tipo ya volvió en sí —dijo.

No añadió más. Pasearon él y su esbirro, hasta que se abrió una puerta al fondo. Entraron otros dos tipos armados. Tomaron la silla y me llevaron con ella a otra habitación, en la que me introdujeron inopinadamente, encarándome con la escena.

Casi perdí el aliento.

Había visto otras veces, en revistas y magazines, el rostro noble,

enjuto y altivo del famoso doctor Casey Moss. Parecía un aristócrata inglés de otros tiempos.

Era él quien dirigía la escena. Me estaba mirando fríamente, con ojos estrechos, brillantes, de reptil, desde el asiento que ocupaba al fondo de la sala.

Lo que me asombró fue ver a las otras dos personas, aparte los hombres armados que, como escolta, rodeaban a Moss.

—Tú... —dije—. Tú... Eres Sharon...

Vicky Greer me miró. Asintió despacio, muy despacio, muy tristemente.

—Sí —dijo, tocándose el cabello, encerrado en una redecilla—. Soy Sharon... Siempre he sido Sharon, Keith. ¿Entiendes ahora?

—No, no del todo... —gemí.

Miré al sonriente doctor Moss. Y a su acompañante, el hombre en pie junto a él, de fría expresión e implacable rictus de crueldad. Ese era el factor sorpresa, el factor increíble del caso.

—¿Sorprendido, Darrell? —sonrió él.

—Supongo que es lo menos que puedo estar..., señor Thorold Kenneth —dije, con horror, dirigiéndome al prohombre americano, al amigo del presidente, al político y hombre de vida pública prestigiosa—. ¿Usted en esto? ¿Usted... contra su propia hija?

Él se limitó a reír, desdenoso.

Y Sharon —o Vicky— fue la que me sacó de dudas.

—¡Miente él, Keith! —gritó—. ¡No es mi padre! ¡Ese hombre no es Thorold Kenneth..., pero está ocupando su puesto en América! ¿Entiendes ahora en qué consiste el plan?

—Cielos, no —gemí—. Suplantaciones...

—Sí, Keith —asintió Vicky, angustiada—. Suplantaciones clave. Hombres importantes en la vida de cada país... Contrafiguras con un rostro ficticio, una simple copia quirúrgica, maravillosa y casi perfecta del auténtico, del original. Poco a poco, la entrada en puestos vitales de los asalariados, de los hombres de Casey Moss..., que son los hombres de un sistema, de un Gobierno, de un país determinado...

—Ahora veo que el amigo Keith Darrell va entendiendo —rio de buena gana el cirujano, contemplándome—. Algo maravilloso, ¿no cree? Nadie, excepto yo, podría copiar un rostro tan a la perfección con la sola ayuda del bisturí. No es nada nuevo, desde luego. Ya en

su país, Darrell, se han hecho experimentos notables en ese terreno (1). Pero mi técnica es más perfecta, más depurada.

(1) Es cierto. Varios cirujanos estadounidenses han logrado prodigios en la creación de bellezas artificiales y en alterar rostros de forma completamente opuesta a la inicial.

—Dios mío... —gemí—. Dios mío, no puedo concebirlo...

—Es fácil de concebir —sonrió, divertido, Moss—. Ahí tiene una de mis mejores obras: el propio Thorold Kenneth, suplantado. El auténtico ya no existe. Así, lentamente, iremos ocupando los puestos clave.

—Y así hicieron el duplicado de Vicky, de Sharon... —dije, roncamente.

—Era el experimento nuevo —sonrió el cirujano Moss—. Si Vicky iba a Estados Unidos, enseguida descubriría que su padre no era ese hombre. Supimos, demasiado tarde, que el padre de Sharon tenía un defecto físico, y su hija le identificaría acto seguido por ese detalle tan pequeño y tan insignificante en apariencia: uno de sus dedos, el índice, sufría una deformación curiosa, una especie de callosidad que le impedía tener juego en ese dedo. No lo advertimos nadie. Sharon, sí. En un documental sobre América, recientemente, vio a su padre. Descubrió que movía todos los dedos de esa mano, y estuvo segura de que no era su padre. Ella ya sospechaba algo de mis experimentos, y ató cabos fácilmente...

—¿Entonces es cuando intentó huir, ocultarse de ustedes?

—Claro. Cambió su personalidad acudiendo a otro cirujano vulgar, que le hizo un arreglo facial. Yo lo descubrí. Cuando le envié a usted, Darrell, a la falsa Vicky Greer, lo hice por experimentar. Pero la chica era una estúpida, y hubiera levantado la caza, revelando lo que estaba haciendo a cualquier persona. Demasiado tarde supimos que habíamos elegido erróneamente a la chica. Hubo que eliminarla, cuando se dispuso a ponernos condiciones para su cooperación. Entonces creímos que usted sería acusado del crimen, y de ese modo, Darrell, le ayudaríamos a escapar, haciéndole de nuestro grupo. Entonces no podíamos sospechar que usted era un federal.

—¿Cómo lo supieron?

—El falso Kenneth, en Estados Unidos, hablando con un alto cargo federal, supo la verdad. Claro que ustedes sospechaban de la

chica, de Sharon, pero de todos modos, era ya peligroso el juego. Resolvimos eliminarle. Por eso le enviamos un pistolero, que fracasó. Ya, ahora, decidimos actuar con mayor serenidad y tacto.

—Y me vigilaron, dando caza a Sharon.

—Exacto. Teníamos dudas sobre si Sharon sería Vicky, pero yo estaba casi seguro de eso. De modo que ahora, ya seguros por completo, sólo tenemos que deshacernos de ustedes dos. El plan seguirá adelante. Poco a poco, nuestros agentes, con rostros prestados, perfectamente imitados, ocuparán esos puestos clave de su nación y de otras naciones.

—No podrán ir muy lejos. Es una idea absurda. Fracasaré, Moss. Usted y la potencia que le paga, se irán al diablo, estoy seguro.

—Yo, en cambio, estoy seguro de lo contrario. Ahora, lo lamento mucho, pero debo deshacerme de usted y de Sharon. El falso Kenneth quería cerca a su hija para que así tuviéramos ocasión de suplantarla antes de que ella revelase a nadie que aquel hombre no era su padre y levantase la cortina del enigma. Pero ella sabía ya la verdad y se resistía a ser aprehendida. En cuanto a usted, Darrell, es una pena que haya sido un federal en vez del inescrupuloso detective que todos suponíamos. Eso le sentencia irremisiblemente a morir...

Respiré hondo. Crucé mi mirada con Sharon, Vicky o como quisiera llamársela. Ambos supimos que decían verdad. Y que íbamos a ser ejecutados.

* * *

—De veras siento haberle conducido a esto —se quejó Vicky.

—¡Bah, olvídalo!... —protesté.

—No, Keith. No tenía derecho a destruirle así... Yo volví a ser Sharon por unos momentos, para alejarle de esto, que presentía era siniestro y terrible. No pudo ser, porque ellos debían vigilarle, y nos vieron reunimos en el exterior del Orange...

—Sí, así debió ocurrir. Ahora ya no tiene remedio. No se preocupe por mí, Sharon.

—Sharon... Suena bien mi nombre en sus labios...

—Gracias —sonreí, resignado—. Ahora, creo que ya no queda más por hacer.

—Bien, terminen pronto con ellos —ordenó Moss a sus pistoleros, dirigiéndose él y el falso Kenneth al exterior—Luego nos

desharemos de los cadáveres...

Afirmaron ellos. Se abrió la puerta, para que Moss y su esbirro de falso rostro salieran de la estancia, dejándonos a solas con la muerte.

—Ahora, conformidad, Sharon —murmuré entre dientes.

—La tendré —musitó ella.

Nos miramos. Por última vez acaso. Creo que noté en sus ojos cierta ternura, cierto afecto, cierto pesar porque aquello sucediera cuando, tal vez, acabábamos ambos de descubrir que entre los dos podía existir algo más que una simple amistad...

Las armas nos cubrían totalmente. Desde la puerta, Moss ordenó:

—Adelante. Terminen de una vez...

Y es lo que iban a hacer. Terminar de una vez con nosotros dos.

Instintivamente, Sharon estiró sus manos. Yo, también. Las apretamos fuertemente, nos miramos de larga manera, patética y silenciosamente.

Luego, sólo la muerte podía llegar ya...

Capítulo IX

TELÓN

—¡FUEGO!

El grito de Moss me recordó la orden a un pelotón de fusilamiento.

Cerré los ojos, y creo que Sharon hizo igual. Nos estremecimos al sentir el estruendo de las detonaciones. Luego, llegaron los gritos, la confusión.

Abrí los ojos de nuevo.

Asombrado, miré a Moss. Y al falso Kenneth.

Ambos yacían en el umbral, con ojos desorbitados, sus cabezas agujereadas a balazos. Los pistoleros, en vez de apuntar hacia nosotros, tiraban sus armas, levantando los brazos al cielo.

El superintendente Musgrave, *sir* Shelby Powell y un grupo de policías y soldados de Su Majestad penetraron a paso de carga.

Creo que nunca me sentí más feliz de ver a ingleses armados, pese a toda mi sangre irlandesa. Y les perdoné muchas cosas que jamás antes había sido capaz de perdonarles.

Era el final. Pero no para nosotros, sino para ellos.

El final del gran plan ambicioso de un genio del bisturí y de la política criminal de los espías de cualquier país.

Todo había terminado en un instante. Justo cuando nuestras vidas apenas valían nada.

—Nos salvamos, Sharon —murmuré—. Nos salvamos...

—¡Oh, Keith! —la oí gemir.

Se echó en mis brazos. Me besó. Y la besé. Creo que era natural, después de todo...

* * *

—Creo que nunca les estaré lo bastante agradecido, superintendente.

—Ni nosotros a usted, Darrell. Lo cierto es que temíamos por su vida, y le tendimos una tupida y discreta red de vigilancia para que cuidase de usted. Cuando fueron capturados, nos limitamos a seguirles, a bloquear la finca donde fueron internados y a preparar la entrada en el momento oportuno.

—Eso me reconcilia con los ingleses para siempre —reí, con buen humor.

—Supongo que sí —refunfuñó él, ceñudo—. A fin de cuentas, irlandés tenía que ser usted, muchacho.

Reímos todos. Incluso el severo *sir* Shelby Powell nos acompañó en la hilaridad.

—Y ahora, señorita Kenneth..., ¿de vuelta al hogar?

—Sí, pero únicamente para asistir a un funeral por mi padre —respondió ella—. No quiero nada ya de los Kenneth. Soy para siempre Vicky Greer, no Sharon Kenneth. Aquello murió hace años, y es mejor que sea así.

—La felicito. Creo que es una medida inteligente la suya —aprobó con simpatía *sir* Shelby Powell.

Tomé a Sharon —o Vicky— por el brazo. Salimos al exterior, dejando atrás New Scotland Yard. Hasta el día neblinoso de Londres me pareció una maravilla.

—Vamos a cualquier parte —dije—. Hemos de tomar algo y celebrar esto, Vicky.

—Me gusta que me llames Vicky, pese a todo —rio ella—. Sí, vamos a comer a algún sitio tranquilo.

—Muy tranquilo —asentí—. Sin psicodelias ni nada de eso. A un lugar donde podamos hablar ambos y evocar todo lo sucedido, atando los últimos cabos para entender el terrible rompecabezas de ese hombre de mente criminal que pudo haber cambiado

radicalmente la faz del mundo, de haber tenido la fortuna de salir adelante con su demoníaco plan...

—Sí, Keith. Aunque mejor será no recordar nada. Nada de eso en absoluto...

Echamos a andar. Pasaba uno de esos maravillosos autobuses rojos de dos pisos de la capital británica. Subimos a él, y nos alejamos.

Hacia cualquier parte. Hacia un lugar apacible donde charlar. Y donde empezar a olvidar también.

Después de todo, la mente puede cambiar, sin necesidad de drogas extrañas ni sesiones de psicodelia.

Vamos, creo yo.

Todo depende de que uno encuentre una Vicky Greer en el camino...

F I N

en

25.000 PALABRAS

CONOZCA EN 25.000 PALABRAS LOS MAS IMPORTANTES TEMAS QUE APASIONAN AL HOMBRE DE HOY.

- 1.- LOS GRANDES MITOS de P. Hernández
- 2.- EL CUERPO HUMANO de A. Sanz
- 3.- LAS CRUZADAS de H. Laming
- 4.- EL MAR de T. Martin
- 5.- LAS RELIGIONES de R. Coppel
- 6.- LA TELEPATIA de L. Sureda
- 7.- LAS HEREJIAS de M. Bonilla
- 8.- LA ENERGIA NUCLEAR de G. Gallien
- 9.- LA ESCLAVITUD de M. Senin
- 10.- LAS DOCTRINAS FILOSOFICAS de R. Gautier
- 11.- LA PENA DE MUERTE de J. Mas
- 12.- LA VIDA DE JESUCRISTO de C. Alcalde

Precio
10 PTAS.



EDITORIAL BRUGUERA S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

Impreso en España
Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.